

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA HABACUC, DOS LIBROS DIRIGIDOS A CROMACIO. (C)

PRÓLOGO.

Primero, Cromacio, doctísimo de los obispos, conviene que sepamos que el nombre del profeta Habacuc se lee incorrectamente como Ambacum entre los griegos y latinos, mientras que entre los hebreos se llama Abacuc, y se interpreta como abrazo; o, para traducirlo más significativamente al griego, περιληψις, es decir, amplexación. Luego, donde los traductores de los Setenta, Símaco y Teodoción interpretaron λῆμμα, es decir, asunción, en hebreo se pone MASSA (), que Aquila traduce como peso: sobre lo cual hemos discutido más ampliamente en el profeta Nahúm. Massa nunca se presenta en el título, a menos que lo que se ve sea grave y lleno de peso y trabajo. Por lo tanto, es necesario que la presente profecía tenga algo de austeridad, de modo que, al igual que en Nahúm, el peso que parecía ser contra Nínive, la ciudad de los asirios, era grave: así también en esto se debe buscar a quién se le revela el peso que el profeta ve. Sin embargo, hay cuatro profetas en el volumen de los doce profetas, de los cuales tres tienen el título λῆμμα, es decir, peso, al principio: Nahúm, Habacuc y Malaquías. Por otro lado, Zacarías en medio y cerca del final pone dos títulos de este tipo, de los cuales uno es: Carga de la palabra del Señor en la tierra de Hadrac, y de Damasco su descanso (Zac. IX, 1): el otro al final, Carga de la palabra del Señor sobre Israel (Ibid. XI, 1). Sobre Nahúm, ya se ha publicado un libro con tus oraciones: sobre Zacarías y Malaquías, si la vida me acompaña, se discutirá. Ahora tenemos en manos a Habacuc, quien, ya sea porque es amado por el Señor, se llama amplexación: o porque entra en contienda y lucha, y (por así decirlo) en abrazo con Dios, ha obtenido el nombre de amplexante, es decir, luchador. Pues nadie se ha atrevido con voz tan audaz a provocar a Dios a una disputa de justicia y decirle: ¿Por qué en los asuntos humanos, y en la administración de este mundo, hay tanta iniquidad? Clamaré a ti sufriendo violencia, ¿y no salvarás? ¿Por qué me mostraste iniquidad y trabajo para ver? La ley está desgarrada, y el juicio no llega hasta el final: porque el impío prevalece contra el justo: por eso sale un juicio perverso (Habac. I, 2). Ves que es una voz temeraria y de algún modo blasfema, así provocar a juicio a su Creador; y una vasija frágil discutir contra el alfarero (Is. XLV, Jer. XVIII, y Rom. IX), ¿por qué se ha hecho esto o aquello? También debe notarse que la asunción o peso, que ya hemos dicho que son graves, es la visión del profeta, y entiende lo que ve contra el perverso dogma de Montano: ni habla como un demente, ni da un sonido sin sentido al modo de las mujeres enloquecidas. Por eso el apóstol ordena que si a otros que profetizan se les revela algo, callen los que hablaban antes (II Cor. XIV, 33). Y enseguida: No es, dice, Dios de disensión, sino de paz. De lo cual se entiende que cuando alguien calla voluntariamente, y da lugar a otro para hablar, puede tanto hablar como callar cuando quiera. Pero quien habla en éxtasis, es decir, involuntariamente, no tiene en su poder ni callar ni hablar. Aprende también esto (porque una vez me exiges violentamente que, como si fueran ciertos grados y escalas hacia lo más alto, te interprete la historia), que la profecía es contra Babilonia y Nabucodonosor, rey de los caldeos: de modo que así como el profeta anterior Nahúm, a quien sigue Habacuc, tuvo un vaticinio contra Nínive y los asirios, que devastaron las diez tribus llamadas Israel: así Habacuc tenga una profecía contra Babilonia y Nabucodonosor, por quienes Judá y Jerusalén y el templo fueron destruidos. Y para que sepas que Habacuc existió en el tiempo en que ya las dos tribus llamadas Judá habían sido llevadas al cautiverio, Daniel puede enseñarte, a quien Habacuc es enviado con comida al foso de los leones (Dan. XVII): aunque entre los hebreos no se lee esta misma historia. Por lo tanto, ya sea que alguien acepte esa Escritura o no, ambos casos son a nuestro favor: o bien la acepta, y ya después de que el hecho ha

ocurrido, se teje el libro de Habacuc: o no la acepta, y como profeta escribe lo que sabe que ha de venir.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I.---Vers. 1, 2.) ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no escucharás? ¿Gritaré a ti sufriendo violencia, y no salvarás? ¿Por qué me mostraste iniquidad y dolor [Vulg. trabajo], para ver el saqueo y la injusticia contra mí? LXX: ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no escucharás? ¿Gritaré a ti sufriendo violencia, y no salvarás? ¿Por qué me mostraste trabajos y dolores, para ver miseria e impiedad? Mientras tanto, según la letra, el profeta se queja contra Dios, ¿por qué Nabucodonosor devasta el templo, y Judá: por qué Jerusalén, la ciudad del Señor, es destruida? ¿Por qué clama el pueblo, y no es escuchado? ¿Grita al Señor oprimido por los caldeos, y no es salvado? ¿Por qué incluso el mismo profeta, o el pueblo en cuya persona ahora habla, ha vivido hasta este punto, para ver la iniquidad de los enemigos y su propio trabajo? ¿Por qué prevalece la injusticia contra él? Y esto lo dice por la angustia de su mente, sin saber que el oro se refina en el fuego, y que los tres jóvenes salieron del horno más puros de lo que entraron (Dan. III). Pero también podemos entenderlo en general, que desde la persona de la impaciencia humana, el profeta viendo a los pecadores abundar, y poseer riquezas en el mundo, a sus hijos como una nueva plantación en su juventud, y a sus hijas adornadas como la semejanza del templo, sus bodegas llenas rebosando de esto a aquello, sus ovejas fecundas y multiplicadas en sus caminos, y otras cosas que se escriben más plenamente en el salmo ciento cuarenta y tres, estalla en una voz quejumbrosa y llena de dolor. ¿Por qué miras a los despreciadores, y callas, mientras el impío pisotea al más justo que él: y haces a los hombres como peces del mar, y como reptiles que no tienen guía? Algo similar leemos en el salmo setenta y dos: Mis pies casi se movieron, casi se deslizaron mis pasos (Sal. LXXII, 2), y lo demás. Y de nuevo en el mismo salmo: ¿Y hay conocimiento en lo alto? Porque he aquí, los pecadores y los que abundan en el mundo han obtenido riquezas, y lo demás hasta, mis manos. Estas cosas las dicen sin conocer los juicios inescrutables de Dios (Rom. XI), y la profundidad de las riquezas de su sabiduría y conocimiento, que Dios no ve como ve el hombre. El hombre solo mira lo presente: Dios conoce lo futuro y eterno (I Reg. XVIII). Y como si un enfermo y febril pidiera agua fría, y dijera al médico: Sufro violencia, me atormento, ardo, me desespero: ¿hasta cuándo, médico, clamaré, y no escucharás? Y le respondiera el médico sapientísimo y clementísimo: Sé en qué momento debo dar lo que pides: no tengo misericordia ahora, porque esa misericordia es crueldad, y tu voluntad pide contra ti. Así también nuestro Señor Dios, sabiendo los pesos y medidas de su clemencia, a veces no escucha al que clama, para probarlo, y provocarlo más a rogar, y hacerlo más justo y puro como oro refinado. Entendiendo esto el apóstol según la misericordia que ha recibido del Señor, dice: No desmayemos en las tribulaciones (Efes. III, 13); y bendice a Dios en todo tiempo (Sal. XXXIII); y sabe que el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Y se gloria en el trabajo y el dolor. Y con Jeremías dice: Invocaré tribulación y miseria. Para que así como otro invoca a Dios: así el santo varón y guerrero invicto, para ejercitarse y probarse, desee que vengan tribulación y miseria.

(Vers. 3, 4.) Y se ha hecho juicio y contradicción más poderosa: por eso la ley está desgarrada, y el juicio no llega hasta el fin: porque el impío prevalece contra el justo, por eso sale un juicio perverso. LXX: Contra mí se ha hecho juicio, y el juez acepta: por eso la ley está desgarrada, y el juicio no llega hasta el fin: porque el impío prevalece contra el justo, por eso sale un juicio perverso. Aún el profeta o el pueblo habla al Señor, que no se ha juzgado contra él con verdad, sino con poder, y no ha soportado nada de la ley y la justicia. Por eso el mismo juicio no ha tenido su fin. El fin del juicio es juzgar justamente. Y esto por qué se atreve a decirlo, lo muestra en lo que sigue, diciendo: Porque el impío Nabucodonosor

prevaleció contra el justo Judá (IV Reg. XXII), y esta es la causa, que dijo que el juicio no llegó a su fin; porque es iniquo y perverso, que el rey justo Josías sea asesinado por el rey de Egipto (IV Reg. XXIII); que Daniel, Ananías, Misael y Azarías sirvan (Dan. III); y que el emperador babilonio gobierne, y Belsasar beba entre sus concubinas en las copas de Dios (Dan. V). Estas cosas las dice el profeta sobre el estado de su tiempo (seguimos porque una vez quisiste también la vileza de la historia). Sin embargo, según los LXX, es una queja común de los santos a Dios, por qué se hace un juicio injusto contra ellos, y derraman sangre inocente en las persecuciones: y si alguna vez se presentan ante el tribunal de los jueces seculares, el juez, habiendo recibido sobornos, condena al inocente, y libera al culpable. Esto no solo puede decirse de los jueces seculares, sino a veces también de los príncipes de las iglesias, que por sobornos desgarran la ley, y no llevan el juicio hasta el fin, y el impío prevalece contra el justo: y más en el juicio se defiende el pecado del rico, que la verdad del pobre. De ahí la queja de que el juicio sale perverso: pero no debemos turbarnos por esta desigualdad de las cosas, viendo también al principio del mundo al justo Abel asesinado por el impío Caín (Gén. IV), y después, mientras Jacob está exiliado, Esau reina en la casa de su padre (Gén. XXVIII), y los egipcios afligen a los hijos de Israel con lodo y ladrillo: y el Señor contra quien ahora se dirige la queja, es crucificado por los judíos (Juan XIX), y se elige a Barrabás el ladrón (Juan XVIII). Me faltará el día si quiero enumerar cómo en este mundo, prevaleciendo los impíos, los justos son oprimidos.

(Vers. 5.) Mirad entre las naciones y ved, y maravillaos, y asombraos, porque se ha hecho una obra en vuestros días, que nadie creará cuando se cuente. LXX: Ved, despreciadores, y mirad, y maravillaos de las maravillas y pereced: porque yo hago una obra en vuestros días, que no creeréis, si alguien la cuenta. Símaco, en lugar de lo que dijimos: porque se ha hecho una obra en vuestros días, ha interpretado, porque se hará una obra en vuestros días: lo demás de manera similar. Nuevamente, al principio del capítulo, donde en hebreo está escrito RAU BAGGOIM (), y nosotros hemos traducido, mirad entre las naciones, los LXX han puesto, ved, despreciadores, excepto Aquila, Símaco y Teodoción, que concuerdan con nuestra interpretación, en otra edición anónima encontré veréis calumniadores, y en otra similar sin título de autor, veréis declinantes. Por lo tanto, a las quejas anteriores del profeta que se queja y dice: ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no escucharás? y lo demás hasta el final de este comienzo, se introduce la voz del Señor respondiendo, para que vea que esta iniquidad que cree que solo ocurre en Israel, también ocurre entre las naciones: y que los caldeos, no como el profeta pensaba, han sido entregados solo a Judá y Jerusalén; sino a todas las naciones alrededor: y que será tan poderoso y luego caerá, que si alguien predice lo que sucederá, por la magnitud del asunto parecerá increíble. Pero también esto que los LXX y otros intérpretes han publicado: Ved, despreciadores, o veréis calumniadores y declinantes, concuerda con el sentido de este lugar, y se demuestra la audacia y el desprecio hacia el Señor: desde cuya persona el profeta había clamado, por qué se atrevieron a despreciar la majestad de Dios, y hablar temerariamente, y en cuanto depende de ellos, calumniar la providencia de Dios, y declinar del Señor acusándolo de iniquidad. Veréis, pues, despreciadores, y entonces os maravillareis, y toda vuestra queja la consideraréis como nada, cuando veáis que hago en vuestros días; no sea que digáis: ¿Qué nos importa el futuro? Una obra que será tan grande, y oprimirá toda vuestra queja: que si alguien ahora predice que sucederá, no le daréis fácilmente crédito. Pero lo que esta obra es, se muestra en lo que sigue.

(Vers. 6 seqq.) Porque he aquí que yo levantaré a los caldeos, nación amarga y veloz, que camina sobre la anchura de la tierra, para poseer tiendas que no son suyas: es horrible y terrible: de sí misma saldrá su juicio y su carga. Sus caballos son más ligeros que leopardos, y más veloces que lobos vespertinos, y se dispersarán sus jinetes: pues sus jinetes vendrán de

lejos: volarán como águila apresurada para devorar: todos vendrán para el botín, sus rostros son viento abrasador: y reunirá cautivos como arena, y él triunfará sobre los reyes, y los tiranos serán su burla: él se reirá de toda fortificación, y amontonará un terraplén, y la tomará: entonces cambiará su espíritu, y pasará y caerá: esta es la fortaleza de su dios. LXX: Porque he aquí que yo levantaré a los caldeos, nación amarga y veloz, que camina sobre la anchura de la tierra, para poseer tiendas que no son suyas: es terrible e ilustre: de sí misma será su juicio, y su ascensión saldrá de ella: Y sus caballos saltarán sobre leopardos, y serán más veloces que los lobos de Arabia, y sus jinetes cabalgarán, y vendrán con ímpetu de lejos: y volarán como águila pronta para devorar, la consumación vendrá sobre los impíos que resisten sus rostros de frente, y reunirá cautivos como arena: y él se deleitará en los reyes, y los tiranos serán su burla: y él se burlará de toda fortificación, y enviará un terraplén, y la obtendrá: entonces cambiará su espíritu, y pasará, y se propiciará: esta es la fortaleza de mi Dios. Lo que os había dicho: Mirad entre las naciones, y ved, y maravillaos, y asombrados: porque se hará una obra en vuestros días, que nadie creerá cuando se cuente, esto es lo que el siguiente discurso describe: He aquí que yo levantaré a Nabucodonosor, y a los caldeos, nación muy belicosa y veloz, cuyo poder y audacia para la guerra, casi todos los griegos que escribieron historias bárbaras son testigos. Esta no está contenta con sus límites, sino que corre de aquí para allá sobre la anchura de la tierra. Y esta es su obra, no para labrar la tierra con el arado; sino para vivir del saqueo y la espada, y para poseer ciudades que no son suyas: antes de que extienda la mano, antes de que irrumpa en la guerra, lleva el terror en su rostro. Pero lo que dice: De sí misma saldrá su juicio y su carga, para lo cual Symmachus interpretó: ella misma se juzgará, y saldrá por su decreto, o debe entenderse así, de su gente constituirá príncipes, y su poder, y la espada de otras naciones no tendrá satélites, o ciertamente como hizo, se le hará, y así será devastada, como ella devastó. También los caballos y jinetes, que vendrán de lejos, serán tan rápidos para perseguir y saquear todo, que superarán a los leopardos y a los lobos vespertinos. Pues se dice que los lobos son más feroces cuando la noche está cerca, y durante todo el día excitados por el hambre hasta la rabia. Volarán entonces los jinetes no para luchar, porque nadie resistirá; sino para correr como el águila, a la que en las aves todo está sujeto, apresurada para devorar. Y así como al soplo del viento abrasador todo lo verde se seca, así al verlos todo será devastado, y será tal el número de cautivos y del botín, que por hipérbole, incluso podría igualarse a la arena. También él, es decir, Nabucodonosor, reinará en todo el orbe, y triunfando sobre los reyes ante su carro, los tendrá por burla, y los contará entre sus delicias: y será de tal poder y soberbia, que intentará superar la naturaleza, y capturar las ciudades más fortificadas con la fuerza de su ejército. Vendrá a Tiro, y arrojando un terraplén en el mar, hará de la isla una península, y proporcionará entrada a la ciudad entre las olas del mar con tierra. Por esta razón se reirá de toda fortificación, y amontonará un terraplén, y la tomará, es decir, la fortificación, o Tiro; lo cual se demuestra claramente en Ezequiel, donde se dice: Nabucodonosor, rey de Babilonia, sometió a su ejército con gran obra contra Tiro. Toda cabeza calva, y todo hombro depilado, y no se le dio recompensa a él, y a su ejército contra Tiro, y a la obra en la que sirvió contra ella (Ezequiel XXIX, 19). Pero cuando haya amontonado el terraplén, y nada se oponga a sus fuerzas, entonces su espíritu se transformará en soberbia: y creyéndose un dios, erigirá una imagen de oro en Babilonia, que obligará a todas las naciones a adorar. Cuando lo haya hecho, pasará a la figura de una bestia, y después caerá: para lo cual Aquila y Symmachus tradujeron *καὶ πλημμυρήσει*, es decir, y pecará: teniendo la Sagrada Escritura esta costumbre, de poner VASAM (), es decir, pecará, por lo que es, dejará de ser lo que era. Algo similar tenemos en el idioma de nuestra lengua, diciendo: El ejército fue vapuleado, por lo que es, fue muerto y masacrado: Y, la viña y el campo pecaron, por lo que es, la vendimia y las cosechas no tuvieron fruto. Pero lo que se dice al final del capítulo: Esta es la fortaleza de su dios, debe leerse irónicamente, para que el sentido sea: Esta es la fortaleza que le dio Bel su

dios. Al culto del cual obligaba a todas las naciones incluso mediante la Escritura y la amenaza de muerte con el más cruel imperio. Esto según el hebreo: ahora vayamos a los LXX, para que, propuestas las sentencias individuales, adaptemos la interpretación alegórica. He aquí que yo levantaré a los caldeos, nación amarga y veloz, que camina sobre la anchura de la tierra, para poseer tiendas que no son suyas. Dios amenaza contra los despreciadores y calumniadores de su providencia, que levantará a los caldeos, que se interpreta como demonios; o significando ángeles malvados, que sirven a su furia e ira, y a la tribulación que inflige a los pecadores: o las almas de los hombres malvados, por las cuales [Al. quienes] atormenta a los que lo merecen. Estos caldeos, sin embargo, son una nación amarga y veloz, que no perdona y rápidamente cumple lo que se le ha ordenado. Y camina sobre la anchura de la tierra. Porque ancha y espaciosa es la vía que conduce a la muerte [Mateo VII, 13]: por la cual caminaba también aquel rico en el Evangelio, que brillaba en púrpura [Lucas XVI], y aquellos de quienes se dice: Que duermen sobre lechos de marfil, y se deleitan en sus lechos. Que comen terneros del rebaño lactantes, y beben vino refinado, y se ungen con los primeros ungüentos [Amós VI, 4]: que porque caminan en la vía ancha, se les llama anchura de la tierra, que es pisada por las huellas de los caldeos. Pues no quisieron caminar por la vía estrecha y angosta, que conduce a la vida, y por la cual caminaba Pablo glorificando [Al. gloriando] a Dios en tribulación y angustia [I Cor. VI, 12]. Pero los caldeos caminan sobre la anchura de la tierra, para poseer tiendas que no son suyas. Porque toda alma racional, aunque por su vicio y culpa se haya convertido en albergue de los caldeos, sin embargo, por naturaleza es tienda de Dios. Y aunque en el Evangelio el peor demonio hable: Iré a mi casa de donde salí [Mateo XII, 44], no se le debe creer; pues ninguna criatura racional fue hecha para ser morada del demonio. Sigue: Es terrible e ilustre: de él será su juicio, y su ascensión saldrá de él. El caldeo es terrible por los muchos y variados castigos que inflige a los despreciadores; ilustre, porque se atribuye la gloria de la divinidad. Y por sus oráculos y falsas respuestas, y curaciones de enfermedades, que él mismo había enviado, parece ilustre ante los ignorantes y despreciadores de Dios. Porque el juicio y el castigo del despreciador será de él, es decir, de sí mismo, o del caldeo. Pues según el apóstol serán entregados al castigo, para que aprendan a no blasfemar [I Tim. I]: de quien quien haga penitencia, y se convierta a Dios, saldrá, cuando antes estaba retenido por sus manos, y era la ascensión del caldeo. Si alguna vez vemos a alguien que ha servido mucho tiempo al diablo, y después se ha convertido a Dios, digamos de él: Y su ascensión ha salido de él. Porque todos los que hagan penitencia, y abandonen a los demonios, a quienes antes ofrecían sus espaldas como caballos para montar; y con la velocidad de leopardos y lobos vespertinos hayan arrojado y derribado a sus jinetes, y con el lomo vacío y ligero hayan venido a llevar a aquel que subió manso y pobre sobre el pollino de una asna [Juan XII], estos como viniendo de lejos, y no contentos con el curso y el ímpetu asumirán el vuelo, y vendrán como águila, para alimentarse de las carnes de la palabra de Dios, y saciar el hambre de tanto tiempo. En lo que se dice, *καὶ ἐξπιάζονται οἱ ἵππεῖς αὐτοῦ*, y los LXX tradujeron: Y sus jinetes serán cabalgados, según el sentido que pusimos arriba, Symmachus interpretó, se derramarán sus jinetes, es decir, caerán y se estrellarán en la tierra. Pero los lobos de Arabia, es decir, del atardecer y del Occidente, se llaman correctamente así, cuya conversación malvada ha caído, y antes en la oscuridad, abandonan por completo el atardecer, que cuando lo hayan dejado, y hayan volado prestos, para comer las carnes de la palabra de Dios, entonces vendrá la consumación sobre los impíos, es decir, sobre los caldeos que resistían los rostros de los penitentes para que no regresaran a su Señor. Por lo cual vendrá la consumación sobre los impíos, resistiendo sus rostros de frente. Pero cuando ellos hayan sido consumidos, y la cautividad haya sido arrebatada de sus manos, entonces la palabra divina reunirá como arena la cautividad caldea, y se deleitará en los reyes, y los tiranos serán su burla, viendo al diablo que una vez fue poderosísimo, y sus reinos (que mostrando también al Salvador, dijo [Mateo

IV, 9]: Todo esto te daré, si postrándote me adoras) destruidos por su advenimiento; pues las delicias de la prudencia son, y el placer de la sabiduría, cuando la necedad es destruida, y el poder de los tiranos una vez superado y derribado, se convierte en burla. Pues no solo el dragón fue formado para ser tenido en burla por el Señor, que es el principio de su creación, hecho juguete de los ángeles. Ni solo a él dará Dios, como un gorrion a un niño; sino que si alguno más cruel, y de mente tiránica, también será entregado a la palabra de Dios en burla. Y él dice, se burlará de toda fortificación. Pero ¿cuál es otra fortificación, sino aquella de la que habla el Apóstol: Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortificaciones, destruyendo pensamientos, y toda altitud que se eleva contra el conocimiento de Dios [II Cor. X, 4, 5]. Si hay, pues, en los discursos, que prometen tener altitud y grandeza contraria a la verdad, fortificaciones, o en toda gloria y riquezas y fortaleza, que se alaba en el mundo, todo será destruido, y la palabra de Dios se burlará de toda fortificación. Y enviará un terraplén, y la obtendrá por el terraplén, y las cosas terrenales que produce, acusándola de fragilidad en aquellas en las que antes se creía tener alguna fortaleza. Pero cuando esto se haya cumplido, entonces el espíritu se convertirá, y ya no castigará como antes castigaba, sino que pasando rogará por los pecadores, y los reconciliará con su Señor original: en todo lo cual se muestra la fortaleza, que [Al. quien] tanto ha realizado, de nuestro Dios. Veis cuán escabrosos son los lugares, y adversos a la verdad de la historia. Y cómo lo que interpretamos según la letra sobre los caldeos, ahora según la tropología parece sonar a clemencia y libertad de aquellos que han escapado de las manos de los caldeos. La historia es estricta, y no tiene facultad de divagar. La tropología es libre, y solo está circunscrita por estas leyes, para que siga la piedad de la inteligencia, y el contexto del discurso, y no sea violenta en unir cosas muy contrarias entre sí.

(Vers. 12.) ¿No eres tú desde el principio, Señor mi Dios, mi santo? ¿y no moriremos? Señor, en juicio lo pusiste, y fuerte para corregirlo, lo fundaste. LXX: ¿No eres tú desde el principio, Señor mi Dios, mi santo? ¿y no moriremos? Señor, en juicio [Al. juicio] lo pusiste: y me plasmó, para que arguya en su disciplina. Symmachus más claramente: ¿No eres tú desde el principio, Señor mi Dios, mi santo, para que no muramos? Señor, para juzgar lo pusiste, fuerte para corregirlo lo constituiste. A la queja del profeta diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no escucharás? había respondido Dios, diciendo: Mirad entre las naciones y ved: y después de la introducción había añadido: He aquí que yo levantaré a los caldeos, nación amarga y veloz. Y completada toda la descripción, ya sea de Nabucodonosor, ya sea del diablo, al final menciona: Entonces cambiará su espíritu, y pasará, y caerá, esta es la fortaleza de su dios. Lo que el profeta oyendo y entendiendo, por eso Nabucodonosor contra Judá, o el diablo contra los creyentes puede recibir poder, para corregirlos, y después de la corrección él mismo también será castigado al final, respondió al Señor: ¿Eres tú, Señor mi Dios, mi santo (esto lo dice con afecto de quien halaga y se arrepiente), quien desde el principio nos creó? ¿cuya misericordia hasta ahora subsistimos? Pues no sabía que nuestros adversarios pudieran tanto, ni conocía a Nabucodonosor, o al diablo de este mundo, y que había recibido el poder de todas las naciones. Por tanto, en cuanto a sus fuerzas, ninguno de nosotros puede resistirle. Pero en cuanto a tu misericordia, todo lo que vivimos es tuyo, que no hemos sido muertos por él, y llevados a las obras de la muerte. Porque tú, Señor, para juzgar lo pusiste, para que él sea enemigo y vengador, y para que por él corrijas a quien haya pecado contra ti. Pero como una vez interpretamos a los caldeos sobre los demonios, y a Nabucodonosor sobre su rey el diablo, debemos resumir brevemente la descripción del diablo y su poder, para que justamente el profeta diga: Señor, en juicio lo pusiste, y fuerte para corregirlo lo fundaste. Se levanta contra los incrédulos y despreciadores la nación de los demonios, amarga para castigar, y presente en todas partes. También camina dondequiera que haya anchura de tierra, para poseer a los hombres, en quienes Cristo debería habitar. Es horrible y terrible, y difícil

de ser superado por alguien, y no se rompe antes, sino cuando con la magnitud de los pecados y el peso de su iniquidad ha llegado a la consumación. Sus caballos y jinetes a semejanza de leopardos y lobos siempre sedientos de sangre, y desearán presas, simularán ausencia, y cuando no se les espere, vendrán rápidamente de lejos. Volarán como águila, que elevando su vuelo, quiere poner su nido entre las estrellas del cielo, y siempre se apresura a la presa. Y en Ezequiel bajo la figura de Nabucodonosor y del rey de Egipto se describe sobre el diablo. No hay demonio que perdone: todos vendrán apresurados para la presa: ante su rostro viento abrasador: todo lo que miren, todo lo que se les presente, desearán quemar y destruir. El rey más poderoso estará en medio de los cautivos, y su número como la arena del mar será recibido por sus satélites de aquí y de allá, y él triunfará sobre los reyes, y los tiranos serán su burla. Pues engañará con su suplantación a muchos santos, y a aquellos que se creían poderosísimos, y ejercían tiranía contra los demonios, y los expulsaban de los cuerpos poseídos, los someterá a su servidumbre, y los tendrá por burla. Él mismo, sin embargo, el más fuerte, con mano reunida, y ejército de perdidos congregado, se reirá de toda fortificación, y todo lo que sea fuerte, intentará derribar. Pues amontonará un terraplén, es decir, rodeará con obras terrenales: y cuando la tierra haya sido amontonada, fácilmente tomará toda fortificación. Pero después de tanta victoria su espíritu cambiará, y su boca pasará hasta el cielo, y haciéndose dios, comenzará a blasfemar a su Creador. Cuando lo haya hecho, caerá, y su ruina mostrará cuán fuerte fue su divinidad, y la simulación de los ídolos bajo cuyas imágenes sometía a los hombres a su culto. Oyendo, pues, el profeta que tal y tan grande es el rey de este mundo, que reúne cautivos como la arena del mar, y triunfa sobre los reyes; y los tiranos son su burla, y se ríe de toda fortificación, y primero amontona un terraplén, y después la toma; y es de tal soberbia, que se atreve a resistir a su Creador, y hacerse como un dios, quien antes hablaba audazmente al Señor; y se recordaba a sí mismo, o a su pueblo, o a aquellos de cuya persona se quejaba, como justos: ahora irrumpe en palabras de halago y dice: ¿Eres tú desde el principio, Señor mi Dios, mi santo? y que no morimos, ni somos capturados por tan gran enemigo, es por tu clemencia. Porque tú, Señor, lo has constituido como verdugo; y lo has hecho fuerte, de modo que casi nadie o muy pocos pueden resistir su fortaleza. Por lo demás, según los LXX lo que se dice al final: Y me plasmó, para que arguya en su disciplina, puede referirse a la persona del profeta, para que el sentido sea: Pero yo he sido inspirado en profeta, para que arguya a los que delinquen, y enseñe la disciplina del Señor. Algunos piensan que se dice de [Al. por] el Señor, quien por eso fue plasmado por el Padre, y asumió un cuerpo, para que con la doctrina de Dios Padre instruya a los hombres. Pero cuán discordante es esto del contexto de lo anterior, y de la continuidad de todo el lugar, no será tanto juicio mío, como del lector.

(Vers. 13, 14.) Tus ojos son puros, para no ver el mal, y no puedes mirar la iniquidad. ¿Por qué no miras a los que obran iniquidad, y callas mientras el impío devora a alguien más justo que él? ¿Y haces a los hombres como los peces del mar, y como reptiles que no tienen príncipe? LXX: Ojo puro, para no ver males: y no puedes mirar sobre el dolor. ¿Por qué miras a los despreciadores, callarás cuando el impío devore a alguien más justo que él? Y haces a los hombres como los peces del mar, y como reptiles que no tienen líder. Algo similar dice Jeremías a Dios: Eres justo, Señor, lo confieso: sin embargo, hablaré de tus juicios: ¿Por qué prospera el camino de los impíos, abundan todos los que transgreden y delinquen? Los plantaste y están enraizados, han engendrado hijos y han dado fruto: estás cerca de su boca, y lejos de sus entrañas (Jer. XII, 1, 2). Así también Habacuc en el mismo sentido: Tus ojos son puros, dice, Señor, y sé que no miras con agrado el mal y la injusticia, ni puede nadie dudar de tu justicia. Sin embargo, ¿por qué permites que los babilonios se jacten con tanta crueldad, y que el impío Nabucodonosor oprima a Israel, que es más justo que él, aunque no sea

perfectamente justo quien es oprimido? Y como los peces que no tienen líder, y los animales irracionales, y la multitud de reptiles sin providencia, están sujetos al más fuerte, y cualquiera que tenga más fuerza domina sobre otro: así entre los hombres, animales racionales y creados a tu semejanza, no prevalecerá la razón ni los méritos, sino la fuerza del cuerpo y la fortaleza irracional. Si queremos entenderlo de manera general, sobre la providencia, el profeta pregunta: ¿Por qué el diablo tiene tanto poder en el mundo, y mientras Dios domina, otro ejerce la tiranía? Este será el sentido, y esta exposición se unirá a las anteriores: Sé, Señor mi Dios, mi santo, que, con tu providencia y defensa, no moriremos; y sé que has puesto al adversario para que, como verdugo, corrija y no mate a los pecadores. Sé que nada injusto te agrada, y que tus ojos son puros de toda iniquidad, ni puedes ver los dolores de aquellos que están sujetos a la injusticia. Sin embargo, no puedo encontrar la razón por la cual Abel, el justo, es asesinado por Caín, el injusto (Gén. IV), y tú callas. ¿Por qué, cuando la ballena es feroz y devora todo, no solo los peces pequeños, sino también tu propio Jonás es devorado (Jonás II)? ¿Por qué el impío vence y el justo es vencido? No digo esto porque sepa que alguien es justificado ante ti y esté sin pecado, y desconozca la fragilidad humana; sino como Sodoma y Gomorra son justas en comparación con Jerusalén. Y el publicano en el Evangelio se hace más justo en comparación con el fariseo (Luc. XVIII): así también este que es oprimido por el diablo, es pecador; pero es más justo que quien lo oprime. ¿Por qué entonces no hay medida ni peso, para que si una vez el justo es oprimido y sometido, no sea sometido al impío, sino a alguien más justo que él? ¿Diré que algo sucede sin ti, y que el impío puede tanto sin tu voluntad? Pensar esto es blasfemo. Ya que tú eres el rector y Señor del universo, es necesario que hagas lo que no puede hacerse sin ti. Y esto lo dice no porque el profeta mismo sienta así como he testificado antes; sino porque expresa la impaciencia humana en su persona: como frecuentemente vemos al Apóstol recibir en sí mismo varias opiniones de los hombres, y ahora decir: Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. VII, 23). Y como si estuviera comenzando: Hermanos, no creo haberlo alcanzado: y en parte conocemos, y en parte profetizamos (Filip. III, 13). Y de nuevo como si fuera perfecto: Todos los que somos perfectos, pensemos esto (I Cor. XIII, 9), cuando ciertamente no es de uno y el mismo decir que conoce en parte y ser perfecto. Y para que no pienses que esto no es de la costumbre apostólica, sino de nuestro argumento, él mismo habla a los corintios: Esto, hermanos, lo he aplicado a mí y a Apolo por amor a vosotros, para que aprendáis en nosotros (I Cor. IV, 6). De lo contrario, ¿cómo puede Dios tener a los hombres como peces del mar, y como reptiles que no tienen líder, cuando los ángeles de cada uno ven diariamente el rostro del Padre que está en los cielos (Mat. XVIII): y el ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra (Sal. XXXIII)? Así como en los hombres también corre la providencia de Dios por cada uno, así en los demás animales podemos entender una disposición general y orden, y el curso de las cosas. Por ejemplo, cómo nace la multitud de peces, y vive en las aguas, cómo los reptiles y cuadrúpedos nacen en la tierra, y de qué se alimentan. Sin embargo, es absurdo reducir la majestad de Dios a esto, para que sepa en cada momento cuántos mosquitos nacen, cuántos mueren, cuál es la multitud de chinches, pulgas y moscas en la tierra, cuántos peces nadan en el agua, y cuáles de los menores deben ceder como presa a los mayores. No seamos tan necios aduladores de Dios, que mientras rebajamos su poder incluso a lo más bajo, seamos injuriosos con nosotros mismos, diciendo que la misma providencia de los racionales es la de los irracionales. Por lo cual, ese libro apócrifo debe ser condenado por su necedad, en el que está escrito que un ángel llamado Tyri preside sobre los reptiles: y de manera similar, a los peces también y a los árboles, y a todas las bestias se les han asignado ángeles propios para su custodia.

(Vers. 15 seqq.) Levantó todo con el anzuelo, lo arrastró en su red, y lo reunió en su red: por esto se alegrará y exultará. Por eso sacrificará a su red, y ofrecerá sacrificios a su red, porque en ellas se ha engordado su parte, y su comida es escogida: por esto, pues, extiende su red, y no cesa de matar a las naciones. LXX: Levantó la consumación con el anzuelo, y lo atrajo en su red, y lo reunió en sus redes: por esto se alegrará y se regocijará: por eso sacrificará a su red, y encenderá a su red, porque en ellas ha engordado su parte, y sus alimentos son escogidos: por eso extiende su red, y no cesa de matar a las naciones. Porque antes había mencionado a los peces, diciendo: Y haces a los hombres como los peces del mar, y como reptiles, que se dice más significativamente en hebreo REMES (), es decir, κivoούμενον, todo lo que puede moverse, por eso mantiene la metáfora de los peces en lo demás, de modo que como el pescador lanza el anzuelo, la red y la red de arrastre, para que lo que el anzuelo no pudo atrapar, la red lo capture, y lo que haya escapado de la red sea rodeado por redes más amplias: así también el rey babilonio ha devastado todo, y ha hecho de toda la raza humana su presa (Dan. III). Además, lo que dice: Se alegrará y se regocijará, y sacrificará a su red, y ofrecerá sacrificios a su red, significa el ídolo que hizo en el campo de Dura [Al. Duram] y la imagen de Bel, a la que como a una gran red ofreció las víctimas más gordas, obligando a todas las naciones que había vencido a su culto. En ellas, pues, es decir, en sus ídolos, creyendo haberse engordado, y su parte, es decir, tener todas las riquezas, como grandes peces también sometió a su imperio a los príncipes y reyes, a los que llama alimentos escogidos. Y porque una vez se ha saciado con una pesca muy opulenta, y ha llenado su red, es decir, su ejército, por eso no cesa de matar a las naciones, es decir, de luchar y degollar siempre. Según los Setenta, el impío diablo (que oprime al justo, y tiene a los hombres como peces del mar, y devasta todo como reptiles que no tienen líder) lanzó su anzuelo contrario a aquel anzuelo, por el cual a través del apóstol Pedro fue capturado el primer pez, en cuya boca se encontró un estater (Mat. XVII). Y Adán se adhirió a su anzuelo, y lo atrajo fuera del paraíso con su red: y lo cubrió con sus redes, con varios y múltiples engaños y falacias. Por eso se alegrará, y considerará sus trampas más que el mandamiento del Señor. Y no sacrificará al anzuelo (que se entiende como un discurso perverso, y aún en su inicio), sino a su red, porque en ella ha capturado las víctimas más gordas. Y: Por un hombre muchos fueron constituidos pecadores (Rom. V, 19), y en Adán todos morimos (I Cor. XV), y todos los santos después de él fueron igualmente expulsados del paraíso. Por lo cual sus alimentos son escogidos: para que, según el salmista: Busque de Dios su alimento (Sal. CIII, 21), queriendo subvertir a los profetas y apóstoles. Y porque primero engañó al hombre, no cesa de matar a toda la raza humana diariamente. Pero también puede entenderse sobre la doctrina perversa y múltiple de los herejes, que ellos también con su anzuelo, red y redes capturan muchos peces, y atrapan muchos reptiles, y por eso se alegran, y adoran su discurso con el que pudieron engañar y persuadir, como si fuera Dios, y lo veneran, lo despojan: ellos mismos sirven con todo arte, por quien saben que tantas víctimas han sido asesinadas por ellos, y tantos poderosos y santos han sido engañados, a los que la Escritura ahora llama parte gorda y alimentos escogidos. Por eso, a semejanza de las bestias, que una vez que han probado la sangre siempre tienen sed, extienden su red, y todo su esfuerzo es este, que no pocos, como al principio, sino más sean asesinados. No duda de la matanza de muchas naciones, quien haya visto tanta multitud de herejías y doctrinas perversas capturadas por el anzuelo, red y redes del diablo: y sin embargo, el fin de su captura es la destrucción.

(Cap. II.---Vers. 1.) Me mantendré en mi guardia, y fijaré mi paso sobre la fortaleza, y contemplaré para ver qué se me dice y qué responderé al que me reprende. LXX: Me mantendré en mi guardia, y subiré sobre la roca, y contemplaré para ver qué se me dice, y qué responderé a mi corrección. Symmachus lo ha perseguido más claramente: Como un guardián en la atalaya me mantendré, y estaré como encerrado, y contemplaré para ver qué se me dice,

y qué responderé, y contradeciré al que me reprende. Por fortaleza y roca, en cuyo lugar Symmachus ha interpretado encerrado, en hebreo se pone MASUR (), que Theodotion tradujo como giro, Aquila y la quinta edición como circunferencia. A la primera causa había respondido el Señor: Mirad entre las naciones, y ved, y maravillaos, y asombrados. A lo cual el profeta, como arrepintiéndose de lo dicho anteriormente, había moderado su pregunta, diciendo: Señor mi Dios, mi santo, y no moriremos (Supra I, 12). Pero no obstante, con reverencia y alabanzas a Dios, le había preguntado: Tus ojos son puros para no ver el mal, y no puedes mirar la iniquidad (Ibid., 13). ¿Por qué no miras a los que obran iniquidad, y callas, mientras el impío devora a alguien más justo que él? Y cuál es la devoración del justo, lo ha explicado en partes: para que los hombres sean como peces del mar, y como reptiles. Y que con su anzuelo, red y red de arrastre todos sean llevados a la destrucción, y no haya fin a su matanza. Así que porque es profeta, y por eso pregunta, y dice que duda, para que lo que se le responda a él, se responda a todos: Me mantendré, dice, en mi atalaya, es decir, en la altura de mi profecía, y veré después de la cautividad del pueblo, y la destrucción de la ciudad y el templo, y lo que seguirá después. O ciertamente así: Guardaré con toda diligencia mi corazón, y me mantendré sobre Cristo la roca. Y me rodearé con este giro y circunferencia como con un muro, para que el león rugiente no pueda irrumpir en mí, y veré qué me responde Dios después de mi segunda pregunta: y después de que me haya respondido, y me haya corregido por haberme quejado mal, qué debo responderle yo también. Elegante y con un sentido admirable describe la impaciencia humana, que solemos tener en las disputas: que antes de que alguien nos responda desde el otro lado, y sepamos en qué nos ha reprendido, estamos preparados para responder. De lo cual se muestra que la respuesta no es de razón, sino de contienda. Porque si fuera razón, se debería esperar la respuesta, y así ver si se debe responder, o consentir a una respuesta razonable. Pero también esto debe notarse de lo que había dicho, Para ver qué se me dice, que la visión profética y el discurso de Dios no se hacen externamente a los profetas, sino internamente y responde al hombre interior. Por lo cual también Zacarías: Y el ángel, dice, que hablaba en mí (Zac. I, 9). Y en los Salmos: Escucharé qué dice en mí el Señor (Sal. LXXXIV, 9).

(Vers. 2 seqq.) Y el Señor me respondió y dijo: Escribe la visión y explícalo sobre tablas, para que corra quien lo lea, porque la visión aún está lejana, y aparecerá al final, y no mentirá: si tarda, espéralo: porque viniendo vendrá, y no tardará: he aquí que el incrédulo, su alma no será recta en sí mismo. Pero el justo vivirá por su fe. LXX: Y el Señor me respondió y dijo: Escribe la visión y claramente en una tabla para que lo persiga quien lo lea: porque la visión aún es para un tiempo, y surgirá al final, y no en vano. Si se demora, espéralo, porque viniendo vendrá, y no tardará: si se retira, no agrada a mi alma en él. Pero el justo vivirá por mi fe. En lugar de tablas y tabla, que en hebreo se dice ALLUOTH [Al. LUTH] (), Symmachus lo interpretó como páginas. Y donde los Setenta pusieron: Pero el justo vivirá por mi fe, todos igualmente tradujeron, vivirá por su fe. Finalmente, Symmachus interpretando más significativamente dijo: Pero el justo vivirá por su propia fe, que en griego se dice, ὁ δίκαιος τῇ ἑαυτοῦ πίστει ζήσεται: BAEMUNATHO (), que se interpreta como en su fe, si tuviera la letra JOD y no VAU al final, como pensaron los Setenta, y se leyera BAEMUNATHI (), habrían traducido correctamente, en mi fe. Pero ahora la similitud de las letras VAU y JOD, que solo se diferencian en medida, fue la causa del error. Esto se dice, como comprenderá la siguiente discusión. Según la promesa hecha al santo varón en Isaías, diciendo: Aún hablando tú, diré, he aquí estoy (Isai. LXV, 24), ahora también el Señor respondió al profeta, y le ordenó que escribiera la visión, y la dispusiera [Al. dirigiera] sobre tablas, es decir, que escribiera más claramente. Creo que esas tablas son de las que también el apóstol habla a los Corintios: Nuestra carta sois vosotros, escrita en nuestros corazones: que

es conocida y leída por todos los hombres: manifestados, porque sois carta de Cristo, ministrada [Al. manifestada] por nosotros, y escrita no con tinta, sino con el espíritu del Dios viviente, no en tablas de piedra, sino en tablas de corazones de carne (II Cor. III, 23). Pero también Salomón significa algo similar en Proverbios diciendo: Escríbela sobre la anchura de tu corazón (Prov. III, 3). Se ordena escribir más claramente, para que el lector pueda correr, y su velocidad y deseo de leer no se vean obstaculizados. Y esto se ordena porque la visión aún está lejana, y en el tiempo señalado. Y cuando llegue el fin de las cosas, entonces también vendrá, y se probará que la profecía es verdadera por la obra cumplida. Si por tu deseo, oh lector, y el ardor de ver la visión, te parece que lo prometido se demora un poco, no desesperes de que vendrá; sino espéralo pacientemente: porque me tienes a mí, que te prometo y digo: Viniendo vendrá, y no tardará. Pero si alguien es incrédulo de esta promesa mía, y al decir yo, viniendo vendrá, y no tardará, comienza a dudar, y en silencio fluctúa en sí mismo, pensando que no vendrá lo que se demora por un tiempo; este desagradará a mi alma, según aquello: Mis lunas nuevas y vuestros sábados odia mi alma (Isai. I, 13). Pero lo que Dios dijo de su alma, debemos entenderlo como mente y pensamiento, para que el entendimiento sea: desagradará a mi sentido. Así como desagradará aquel que, prometiéndole yo, dudare de que vendrá lo que prometo; así el justo que creyere en mi promesa, vivirá por su fe. Con estas líneas se ha descrito la pintura de este capítulo. Lo que dice es de esta manera, siempre que también mezclamos la traducción de los Setenta. Escribe en tu corazón, y como los niños que reciben las primeras letras, entrenan las curvas y la mano temblorosa en la tabla, y se acostumbran a escribir correctamente mediante la meditación; así tú también, que has hablado en nombre del pueblo dudoso, escribe en las tablas de tu corazón y en la tabla de tu pecho lo que digo. La visión que se promete se ordena describir y escribir más claramente, para que no se envuelva en nubes, ni se oscurezca con enigmas: la esperanza manifiesta tenga una promesa manifiesta. Esto te ordeno, oh profeta, no porque no sepas (pues no serías profeta si ignoraras), sino para que lo que escribas más claramente, el lector pueda leer y recorrer sin impedimento ni dificultad; lo que los Setenta tradujeron: ὅπως διώκη ὁ ἀναγινώσκων, es decir, para que persiga quien lee; según el sentido que se escribe a Timoteo: Persigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre (I Tim. VI, 11). Y a los Romanos: Practicad la hospitalidad (Rom. XII, 13). Y a los Corintios: Seguid la caridad (I Cor. XIV, 1). La visión misma de la que te dije: escribe la visión, y manifiéstala en la tabla, para que pueda perseguir quien lee, aún está en el tiempo señalado, del que el Salvador dice: En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Isai. XLIX, 8). Y surgirá en la consumación del mundo, y en la última hora del día, de la que también habla Juan: Hijitos, ahora es la última hora (I Juan II, 18). Y no vendrá en vano: salvará a muchos, y con el resto del pueblo israelita reunirá a la multitud de las naciones. Si se retira un poco, y a tus deseos, lector, que se te ordena leer en la tabla, y en las tablas que el profeta describió, la visión comienza a parecer que viene más lentamente, espérala: porque viniendo vendrá, y no tardará. Si tu fe duda, y piensas que no sucederá lo que prometo, tendrás como gran castigo que desagradará a mi alma. Pero el justo que cree en mis palabras, y no duda de lo que prometo, tendrá como recompensa la vida eterna. No debes inmediatamente acusar, ya sea matándote a ti mismo, o vivificando a aquel, que en mí haya aceptación de personas, porque él mismo es la causa de su vivificación, quien vive por su fe: así como tú, al retirarte y no querer creer, has desagradado a mi alma. Claramente en esto hay una profecía sobre la venida de Cristo. Por lo tanto, la cuestión planteada se resuelve, que hasta que él venga, la iniquidad dominará en el mundo, y el juicio no llegará a su fin: y el verdadero Nabucodonosor atraparará en su red y trampa a los hombres como pececillos, y al animal racional como reptil, sin tener príncipe. Por lo que interpretamos por visión, porque aún la visión está lejana: y si se demora, espéralo, es decir, la visión: no piense alguien engañado por error que por visión que es de género femenino, se ha puesto visión que es de

género masculino, y menos usado en latín. Siendo que HAZON (), que Aquila interpreta como ὄραματισμὸν, entre los hebreos se dice visión de género masculino, y hasta el final se conserva la declinación masculina de visión, es decir, visión. Pero los Setenta diciendo, escribe la visión: y después, si se demora, espéralo: porque viniendo vendrá, y no tardará: si se retira, no agrada a mi alma en él, primero interpretaron la visión en género femenino, que entre los hebreos, como dijimos, es de género masculino. Luego, según el género hebreo, donde se declina en masculino, espéralo, y no agrada a mi alma en él, también lo declinaron en género masculino. Cuando ciertamente debieron, según lo que primero interpretaron como visión, también en lo restante poner el género femenino de visión, para que dijeran, espérala: porque viniendo vendrá: que si se retira, no agrada a mi alma en ella, es decir, en la visión. Esto para que no parezca que callamos lo que sabíamos. Sin embargo, no ignoro que según su interpretación también puede entenderse así: Escribe la visión en la que se promete a Cristo, y en tu profecía ya sea en la tabla, o en las tablas, o, como Symmachus tradujo, páginas, teje este discurso, que en el tiempo señalado, y en la consumación del mundo vendrá mi Hijo, quien salvará a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y también unirá a otras ovejas con las antiguas, y haciendo un solo rebaño unirá dos varas, que Ezequiel, es decir, la virtud de Dios, sostiene unidas y adheridas entre sí en la mano profética (Ezec. VII). Que si un poco, oh profeta, o tú, pueblo (en cuyo nombre parece dudar también mi profeta), se retira Cristo, y parece retrasarse, espéralo, porque viniendo vendrá, y no tardará; y lo demás que ya expusimos arriba. Pero lo que el Apóstol usó más el testimonio de los LXX, escribiendo a los Romanos: Pero el justo vivirá por mi fe (Rom. I, 17), y no lo que se tiene en hebreo, la causa es clara. Escribía a los Romanos, que no conocían las Escrituras hebreas: ni le importaban las palabras, mientras el sentido estuviera seguro, y la presente discusión no tuviera daño por ello. De lo contrario, dondequiera que el sentido sea diferente, y esté escrito de otra manera en hebreo, de otra manera en los LXX, se nota que usa esos testimonios que aprendió de Gamaliel, doctor de la ley.

(Vers. 5 seqq.) Y como el vino engaña al bebedor, así será el hombre soberbio, y no se adornará, quien dilató su alma como el infierno, y él mismo como la muerte, y no se llenará. Y reunirá para sí a todas las naciones, y amontonará para sí a todos los pueblos. ¿No tomarán todos estos sobre él una parábola, y el enigma de su discurso, y se dirá: Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo: ¿hasta cuándo agravará contra sí el denso lodo? ¿No se levantarán de repente los que te muerdan: y se despertarán los que te desgarran, y serás presa de ellos? Porque despojaste a muchas naciones, te despojarán todos los que queden de los pueblos por la sangre del hombre, y la iniquidad de la tierra, de la ciudad y de todos los habitantes en ella. LXX: Pero el arrogante y despreciador, hombre soberbio, no lleva nada a su fin: quien dilató su alma como el infierno, y este como la muerte, no se llenará. Y reunirá para sí a todas las naciones, y tomará para sí a todos los pueblos: ¿no tomarán todos estos sobre él una parábola, y una proposición sobre su narración, y dirán: Ay de aquel que multiplica para sí lo que no es suyo: ¿hasta cuándo agravará su yugo gravemente, porque de repente se levantarán los que lo muerdan, y se despertarán tus insidiadores, y serás presa de ellos? Porque despojaste a muchas naciones, te despojarán todos los pueblos restantes por la sangre de los hombres y las impiedades de la tierra, y de la ciudad, y de todos sus habitantes. Cuando estas cosas están prometidas sobre la venida de Cristo, o, como a algunos les agrada, sobre el fin de la visión, y sobre la culminación de la ayuda de Dios: que quien crea que vendrá, vivirá por su fe: pero quien sea incrédulo, desagradará al alma del Señor: Nabucodonosor, rey de Babilonia, será engañado por su soberbia. Y como el vino actúa contra el bebedor, y después de levantarse, ni el pie ni la mente cumplen su función; y toda alegría y exaltación de la mente se convierte en ruina: así el hombre soberbio no se adornará, ni llevará su voluntad a su fin, y según Symmachus οὐκ εὐπορήσει, es decir, estará en penuria

de todas las cosas. Quien, como la muerte y el infierno, no se sacia de muertos: y subyugando a su imperio a todas las naciones y a todos los pueblos, no consideró el fin de su avaricia. ¿No es cierto que cuando se embriague con la copa del Señor, y se duerma con el cáliz puro, todos hablarán sobre él por comparación, πρόβλημα? Ay de aquel que devastando todo el mundo, no se sacia de saqueos, ni cesa de despojar a los ya desnudos, y solo se enfurece para devorar, y con el peso de la iniquidad y los saqueos se deprime como con un yugo muy pesado. Y considera cuán elegantemente ha llamado lodo denso a las riquezas multiplicadas. ¿No se levantarán de repente los medos y los persas, que destruyendo el imperio de los babilonios, lo muerdan primero, y luego lo desgarran: y Nabucodonosor sea presa de ellos, y el devastador de todo el mundo sea despojado por los pueblos restantes, que pudieron escapar de su mano y crueldad? Esto le sucederá por la sangre del hombre, es decir, de Judá, y la iniquidad de la tierra, a saber, de Israel, y de la ciudad, sin duda Jerusalén, y significando en general al pueblo de todos los habitantes en ella. Examinemos también a los Setenta. Todo lo que dijimos sobre Babilonia y Nabucodonosor puede referirse a este mundo, y al diablo, que verdaderamente arrogante y soberbio, y creyéndose algo, no lleva nada a su fin. Pues sus esfuerzos y todo su trabajo tendrán fin: quien a semejanza del infierno y la muerte, no se sacia de muertos, y se alegra con el engaño de todas las naciones, y reúne para sí a los pueblos. Quienes, cuando lo vean enviado al abismo, y entregado al tártaro, lo que leyeron en los profetas parabólicamente y enigmáticamente, viendo que se ha cumplido, e interpretando sobre él, con voz unánime recordarán: Ay del diablo, que multiplicó para sí lo que no es suyo. Ay de la perdiz, que reunió lo que no puso. ¿Hasta cuándo? o es la voz de los que increpan, o de los que muestran el día del juicio. Y agravando su yugo con un peso infinito. Y bien, porque es arrogante y soberbio (la soberbia se muestra propiamente en la extensión del cuello y la erección de la cerviz), el yugo será muy pesado, para que doble lo que estaba erguido. Y esto sucederá porque de repente se levantarán los que lo muerdan, ya sean ángeles, con quienes el diablo será entregado al castigo, o quienes fueron tentados por él, arrepintiéndose después: y convertidos a las banderas de Cristo, lo morderán, según aquello que se dice en otro lugar: Tus hombres pacíficos pusieron trampas para ti (Jerem. XXVIII). Finalmente sigue: Y se despertarán tus insidiadores, es decir, aquellos a quienes antes adormeciste, a quienes embriagaste, estarás sujeto a sus insidias, devastando tu reino, y aquellos que fueron cautivos serán llevados a las filas de Cristo. Porque tú despojaste a muchas naciones, y al pueblo judío de los ornamentos y vestiduras que le di, lo despojaste: por eso todos los pueblos restantes, que no sometieron su cerviz a tu imperio, te despojarán, y te dejarán desnudo. Porque también mataste a muchas naciones, y derramaste su sangre. Pero también la impiedad de la tierra, es decir, de la judía, y de la ciudad de Jerusalén, y de todos sus habitantes (que dijeron contra su Creador: Crucificalo, crucificalo: su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos [Juan XIX, 6], volverá sobre tu cabeza, y serán las causas de tu despojo. Esto también puede interpretarse sobre el Anticristo, que será tan arrogante y soberbio, que se sentará en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios. Y, como el infierno y la muerte, matará a tantos, y reunirá para sí, que, si fuera posible, engañaría incluso a los elegidos de Dios (Marc. XIII). También reunirá para sí a todas las naciones, y llevará a todos los pueblos a su error. Quienes, cuando después lo vean muerto por el espíritu de la boca de Cristo, entenderán que son verdaderas las cosas que se predijeron de él, y dirán todo lo que sigue, con la misma inteligencia que expusimos sobre el diablo. Pero lo que dice, te despojarán todos los pueblos restantes por la sangre de los hombres, y la impiedad de la tierra, y de la ciudad, y de todos sus habitantes, entendamos a los pueblos santos restantes, que no sirvieron al Anticristo, de quienes el impío será despojado por la impiedad que ejerció en toda la tierra, y la devastación de la ciudad de la Iglesia, y la persecución de todos los que habitaron en ella. Pues tanta devastación, y tanta impiedad en el fin de las cosas, con el Anticristo enfurecido, se extenderá en las Iglesias, y con la iniquidad multiplicada de muchos, tanto se enfriará la

caridad (Mat. XXIV), que el Señor, que conoce los secretos del corazón, y no ignora lo que ha de venir, dijo: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe sobre la tierra? (Luc. XVIII, 8). También podemos, según el apóstol Juan (que escribe: Como habéis oído que el Anticristo viene, ahora hay muchos anticristos (I Juan II, 18): por lo cual sabemos que es la última hora) todos los herejes, y todo dogma perverso de los que se arrogan conocimiento, y desprecian la simplicidad de la Iglesia, que no llevan nada a su fin, sino que se deleitan en las muertes de muchos, arrogantes y soberbios decir, y todo el contenido del capítulo sobre su entendimiento moderar: que verdaderamente multiplican para sí lo que no es suyo, y como lodo muy pesado y un yugo pesado, que los arrastra a las penas, se congregan para sí, despojan a muchas naciones, y derraman la sangre de los hombres, y ejercen impiedad en la Iglesia y en todos sus habitantes. Pero los pueblos restantes, es decir, los hombres eclesiásticos, que no fueron engañados por su error, de repente se levantarán, y despertarán como de un sueño profundo, y los morderán, y les tenderán trampas, y los tendrán como presa. Algunos piensan que lo que se dice: Ay de los que multiplican para sí lo que no es suyo, y lo demás, puede referirse a los ricos, que dilatan los límites de las posesiones, y lo que no es del hombre, creyendo que es del hombre, lo reúnen para sí, de quienes de repente serán abandonados. Pero lo que no es del hombre, es decir, del animal racional, la posesión terrena, y el Señor lo demuestra, diciendo: Si en lo ajeno no fuisteis fieles, lo que es vuestro, ¿quién os lo dará? (Luc. XVI), y todo el texto del capítulo lo explican sobre esta persona. Pero no sé si pueden mantener el orden de la cuestión y solución profética.

(Vers. 9.) ¡Ay de aquel que acumula avaricia mala para su casa: para que su nido esté en lo alto, y cree que se libra de la mano del mal: pensaste en la confusión de tu casa: destruiste a muchos pueblos, y pecó tu alma. Porque la piedra del muro clamará, y la madera que está entre las juntas de los edificios responderá. LXX: Oh, el que multiplica la avaricia mala para su casa, para poner su nido en lo alto, y ser liberado de la mano de los malvados, pensaste en la confusión de tu casa: consumiste a muchos pueblos: y pecó tu alma; por lo cual la piedra del muro clamará, y el escarabajo de la madera hablará de ello. Aún se dirige la palabra a aquel que acumula males para sí, y no entiende que la multitud de riquezas es la causa de la ruina de su casa; y al mismo tiempo, por metáfora, se le acusa de soberbia, porque ha puesto su nido en lo alto como un ave, y ha creído que se libraría de la mano del mal, es decir, que nunca caerá en poder de los enemigos: ese consejo de soberbia y pensamiento arrogante ha tenido como fin la ignominia. Has matado a muchos pueblos, y al matar a otros te has ensañado contra tu propia alma, y te has embriagado en tanta crueldad, que, si se puede decir, las piedras de la ciudad y las maderas de los muros que destruiste claman tu ferocidad. Algo similar dijo el Señor en el Evangelio contra los fariseos que le reprochaban por no reprender a los niños que le aclamaban: ¡Hosanna en las alturas al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor, Hosanna en las alturas! ¿No habéis leído, dijo, que está escrito (Salmo VIII, 3): De la boca de los niños y de los lactantes has perfeccionado la alabanza? Y si estos callaran, las piedras clamarán (Mateo XXI, 9, 16). Aunque muchos piensan que debe entenderse así: si los judíos callaran, la multitud de las naciones me confesará: sin embargo, esta es una interpretación más clara y verdadera: aunque los hombres callaran, y la lengua envidiosa no hablara de la multitud de mis señales, aun así, las mismas piedras, y los cimientos de los muros, y la edificación de las paredes podrán proclamar mi grandeza. Para que esto sea más significativo, pongamos también ejemplos de la literatura secular. Crispus (Salustio) habla en las historias: «Los saguntinos, ilustres por su lealtad y sufrimientos, más por su empeño que por sus recursos, pues entre ellos aún las murallas semiderruidas, las casas sin techo, y los muros de los templos quemados, mostraban las

manos púnicas.» Algo similar dice Tulio a César por Marcelo: «¡Por los dioses! (como me parece) los muros de esta curia desean darte las gracias, porque en breve tiempo esa autoridad estará en estas sedes de sus mayores y tuyas.» Además, lo que hemos interpretado: Y la madera que está entre las juntas de los edificios responderá: para lo cual los Setenta han puesto: Y el escarabajo de la madera hablará de ello, lo ha traducido más claramente a su manera Símaco, καὶ συνδεσμὸς οἰκοδομῆς ξύλινος ἀποφθέγγεται αὐτὰ, es decir, y la junta de la edificación de madera hablará de ello. También Teodoción, καὶ συνδεσμὸς ξύλου φθέγγεται αὐτὰ: y la quinta edición, καὶ συνδεσμὸς ξύλου φθέγγεται αὐτὰ: que también concuerdan con las interpretaciones de Símaco y la nuestra; porque lo que en lengua hebrea se dice CHAPHIS (), significa madera, que se coloca en medio de la estructura para sostener las paredes; y comúnmente entre los griegos se llama ἰμάντωσις. Esto es, según la historia, lo que el discurso profético significa: las piedras de los muros que destruiste, y sus maderas quemadas, proclamarán tu crueldad. He encontrado, además de las cinco ediciones, es decir, de Aquila, Símaco, los Setenta, Teodoción, y la quinta, en los doce profetas, dos ediciones más, en una de las cuales está escrito: Porque la piedra del muro clamará como un gusano en la madera hablando: y en la otra: Porque la piedra del muro vociferará, y σκώληξ de la madera hablará de ello. Pero también Aquila ha puesto algo diferente a lo que dijimos, καὶ μάζα, es decir, y la masa de la madera responderá. De cuya interpretación hablaremos en la exposición de los traductores de los Setenta, en los cuales en lugar de vae, se ha puesto o, y se dirige el discurso ya sea al diablo, al Anticristo, o a los herejes, que multiplican para sí la avaricia mala. Sin embargo, se dice avaricia mala, para distinguirla de la buena, de modo que sea buena la avaricia del doctor eclesiástico, que nunca se sacia con la multitud de seguidores, y cuanto más discípulos tiene, tanto más se estimula al estudio de la doctrina. ¡Ay, pues, de aquel que multiplica para sí la avaricia pésima, para reunir para su casa asambleas perversas, y pone su nido en lo alto, para ser liberado de la mano de los malvados. Porque tanto el diablo como el Anticristo y los herejes prometen a aquellos que acepten su doctrina, que poseerán en los cielos los reinos celestiales, y no sentirán los incendios del infierno. Y aunque hayan prometido esto, su consejo no podrá llegar a la perfección: sino que será un consejo de confusión e ignominia para su casa, después de que lo que había sido prometido, el mismo fin de las cosas mostrará que es falso, cuando se probará que es un consejo de confusión, no de salvación. Este, como dijimos, doctor de la perversidad consumió a muchos pueblos, y cuanto más tuvo en su séquito, tanto más pecó contra su alma. Finalmente, las piedras de su iglesia, y κάρθαρος, es decir, el escarabajo de la madera, clamarán contra la avaricia del soberbio, porque ha engañado a todas las naciones con su persuasión. Las piedras, podemos entenderlas como los corazones necios de los que creen en las doctrinas de los herejes, y el escarabajo de la madera, como los maestros perversos, que por amor al lucro vil asumen la predicación de la cruz, hablan desde el vientre. Porque su dios es el vientre, y todo lo hacen por causa de la comida, que se convierte en estiércol (porque el escarabajo o cantharus es un gusano de estiércol); y solo asumen la cruz para enseñar la avaricia y soberbia de su maestro el diablo con boca venenosa. Si alguna vez ves a alguno de los herejes, como si hablara de misterios ocultos y secretos contra la Iglesia, y prefiere la casa del diablo a la casa de Cristo, di: La piedra del muro clama, y el cantharus de la madera habla. Leí en un volumen de alguien, que por eso se entiende el cantharus sobre los herejes, porque sus dogmas deben compararse con el estiércol. De donde también el Apóstol dice que considera el error de la doctrina antigua como σκύβαλα, es decir, como estiércol (Filipenses III). No porque la Ley antigua, como piensan los maniqueos, se considere σκύβαλα en comparación con el Evangelio (lo cual es impío decir, ya que ambos Testamentos son de un solo Dios), sino porque las doctrinas de los fariseos, y los preceptos de los hombres, y las Deuterosis (δευτερώσεις) de los judíos son llamadas estiércol por el Apóstol. Sé que uno de los hermanos entendió que la piedra que clamó del muro era el Señor

Salvador, y el escarabajo que hablaba de la madera, el ladrón que blasfemó contra el Señor: lo cual, aunque puede entenderse piadosamente, no encuentro cómo pueda adaptarse al contexto completo de la profecía. Hay algunos que piensan que el cantharus que habla de la madera también puede referirse a la persona del Salvador, lo cual es impío según el mismo orden del discurso. Porque el cantharus de la madera hablará de ello, no se entiende en un sentido bueno, sino malo, es decir, hablará de la avaricia pésima del que multiplica contra su casa, y de la confusión del diablo, y de las demás cosas que precedieron sobre su iniquidad y crimen. Pero lo que dijo Aquila, y la masa de la madera responderá, lo referimos al sentido que el Señor puso en el Evangelio: Guardaos de la levadura de los fariseos (Mateo XVI, 11). Y cuando los apóstoles dudaban, y no podían saber qué era, el evangelista lo interpretó, diciendo: Pero les había dicho sobre la doctrina de los fariseos. Por lo tanto, correctamente la doctrina de los herejes habla de la madera: de otra manera no pueden persuadir, a menos que prefieran la gloria de la madera a su perversidad. También lo que dijimos: Porque la piedra del muro clamará, como un gusano en la madera hablando [o habla], o la piedra del muro vociferará, y σκόληξ de la madera hablará de ello, algunos de los nuestros dicen que el gusano que habla en la madera es aquel que dice en el salmo: Pero yo soy un gusano y no un hombre (Salmo XXI, 7); y refieren el ave vocal a la misma persona, que dice: Me he convertido como un gorrión solitario en el tejado (Salmo CI, 8), y otras cosas similares.

(Vers. 12 y siguientes.) ¡Ay de aquel que edifica una ciudad con sangre, y prepara una ciudad en iniquidad: acaso no son estas cosas del Señor de los ejércitos? porque los pueblos trabajarán en mucho fuego, y las naciones en vano, y desfallecerán: porque la tierra se llenará, para que conozcan la gloria del Señor como las aguas cubren el mar. LXX: ¡Ay de aquel que edifica una ciudad con sangre, y prepara una ciudad en iniquidades: acaso no son estas cosas del Señor omnipotente? y muchos pueblos han desfallecido en el fuego, y muchas naciones han sido angustiadas: porque la tierra se llenará para que conozcan la gloria del Señor, como el agua para cubrir los mares. No hay duda de que según la letra, el discurso profético aún habla contra Nabucodonosor; y se lamenta de que edifique Babilonia con sangre, y construya sus muros con las ruinas y muertes de muchos. Porque al haber hecho esto a la ciudad, que había construido con sangre, después escucha lo que le será infligido por el Señor. Pues sigue: ¿Acaso no son estas cosas del Señor de los ejércitos? es decir, lo que se dice. Los pueblos trabajarán en mucho fuego, y las naciones en vano, es decir, al ser incendiada Babilonia, los pueblos trabajarán en vano, y se esforzarán en nada, y los pueblos de la nación caldea desfallecerán. Porque la tierra se llenará para que conozcan la gloria del Señor, es decir, cuando Babilonia sea destruida, se manifestará a todos el poder de la virtud de Dios, como las aguas cubren el mar: así la gloria del Señor llenará toda la tierra, como las aguas cubren el lecho y el fondo del mar. Esto, como dijimos, según la letra. Sin embargo, es evidente que tanto el diablo, como el Anticristo, y la doctrina perversa de los herejes edifican una ciudad con sangre, es decir, su iglesia en la destrucción de aquellos a quienes han engañado, y preparan una ciudad en iniquidades, hablando iniquidad contra Dios, y poniendo en lo alto su boca. Cuando hayan hecho esto, se muestra claramente que edifican una ciudad con sangre, y la preparan en iniquidades. Pues sigue: ¿No son estas cosas del Señor omnipotente? es decir, tal edificación no es del Señor sabaoth, que ahora los LXX han interpretado como omnipotente. Porque muchos pueblos desfallecerán, y aunque infinitas naciones sean llevadas a su error, sin embargo, o se cansarán, lo que más significa ὀλιγοψύχησαν: o ciertamente serán reducidas a la estrechez, y no podrán compararse con la multitud de la Iglesia. Porque al desfallecer ellos en el fuego (lo que se siente, o consumidos por el fuego de su príncipe el diablo, o ciertamente encendidos por el fuego del Señor, del cual dice: Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto deseo que arda (Lucas XII, 49), y retirados de su curso anterior, y haciendo penitencia, y abandonando el camino comenzado,

lo que suena ὀλιγοψυκία), se llenará toda la tierra de la gloria del Señor, cuando a la predicación de los apóstoles su sonido salga por todo el mundo, como las aguas cubriendo el mar (Salmo XVIII), es decir, para que toda la salinidad y amargura del mundo, que la tierra había bebido, lloviendo desde arriba el diablo, las aguas del Señor la cubran; y hagan que el lugar del mar y la amargura anterior no aparezcan. De donde también en el salmo se dice, Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Salmo XXXI, 1). Sin embargo, puede (aunque no conviene al orden de la lectura, ni al texto presente de la Escritura) también entenderse sobre Jerusalén, ciudad llena de la sangre de los profetas, de la cual la Escritura recuerda (Mateo XXIII), que rebosó en ella la sangre de los santos de puerta a puerta. Y que dice en la pasión del Señor: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Ibid., XXVII, 25). Y a la cual Dios habla en Isaías: Cuando levantéis las manos hacia mí, no os escucharé: porque vuestras manos están llenas de sangre (Isaías I, 15). Esta fue edificada en iniquidades: en la cual según el mismo profeta la justicia durmió. Y su edificación no es del Señor sabaoth. De donde muchos pueblos desfallecieron en el fuego: y muchas naciones se cansaron en el tiempo en que fue rodeada por los ejércitos de Vespasiano y Tito, y viniendo al día solemne de la Pascua, fueron encerrados en la ciudad como en una cárcel: y desfallecieron de hambre y penuria, y hasta las últimas ruinas los llevó el asedio de Adriano [Al. asedio]. Pero destruida la ciudad de sangre, y la ciudad de iniquidades, y los pueblos consumidos por el fuego, y las naciones que vinieron en su ayuda, dispersas aquí y allá, y dejando caer las manos cansadas, toda la tierra se llenó de la gloria de Cristo, y como las aguas, así los discursos y la doctrina de él cubrieron todo el mundo.

(Vers. 15 seqq.) ¡Ay de aquel que da de beber a su amigo, vertiendo su hiel y embriagándolo, para que contemple su desnudez! Te has llenado de ignominia en lugar de gloria: bebe tú también y adormécete: te rodeará la copa de la diestra del Señor, y el vómito de ignominia sobre tu gloria: porque la iniquidad del Líbano te cubrirá, y la devastación de los animales te aterrorizará, por la sangre de los hombres y la iniquidad de la tierra, de la ciudad y de todos sus habitantes. LXX: ¡Ay de aquel que da de beber a su prójimo con subversión turbia, y embriagándolo, para que contemple en sus cavernas! Bebe tú también la saciedad de ignominia en lugar de gloria, y conmueve, te rodeará la copa de la diestra del Señor, y se congregará la ignominia sobre tu gloria: porque la impiedad del Líbano te cubrirá, y la miseria de las bestias te aterrorizará: por la sangre de los hombres, y las impiedades de la tierra y de la ciudad, y de todos sus habitantes. En lugar de subversión turbia, Symmachus interpretó, καὶ ἀφίῳν ἀκρίτως τὸν θυμὸν ἑαυτοῦ, es decir, y emitiendo sin juicio su furor. Theodotion ἀπὸ χύσεώς σου, que se interpreta de tu efusión. La quinta edición ἐξ ἀπροσδοκίτου ἀνατροπῆς τῆς ὀργῆς σου, que significa, de la subversión inesperada de tu ira. Aquila, ἐξ ἐπιτίψεως χόλου σου, que podemos traducir como, de la emisión de tu furor. En otra edición encontré, οὐαὶ τῷ ποτίζοντι τὸν ἑταῖρον αὐτοῦ ἀέλλην πετομένην, que en nuestra lengua suena: ¡Ay de aquel que da de beber a su amigo un torbellino volador! Pero también en otro lugar leí traducido: ¡Ay de aquel que da de beber a su prójimo ἔκστασις ὀχλουμένην, es decir, una locura turbia. Esto para que el término hebreo MASPFA (), que los LXX tradujeron como subversión, pueda conocerse cuánta variedad de discordancia tiene entre todas las ediciones. Por lo tanto, aún es una invectiva contra Nabucodonosor, que olvidando su condición, y como si ignorara ser hombre, ofreció a otro hombre hiel y amargura. Podemos entenderlo como el rey de Judea, o en general a todos los hombres que embriagó con males, para ver la desnudez de Sedequías y de todos los cautivos. Por lo cual Symmachus y la quinta edición interpretaron, para ver sus ignominias. Estas cosas se dicen por metáfora de un hombre ebrio y deshonorado en su desnudez, que Nabucodonosor embriagó a todos con la copa de su furor, y vio a todos despojados y cautivos, y aquellos que

alguna vez fueron gloriosos, reducidos a la última servidumbre: esto es lo que dice: Te has llenado de ignominia en lugar de gloria, para que se entienda amigo, y prójimo, o compañero del reino, que bebió tu copa, oh Nabucodonosor. Por lo cual, ya que embriagaste a muchos, tú también bebe de la copa del Señor y adormécete: serás rodeado por los castigos de la diestra del Señor, y con la ignominia de tu vómito expulsarás todo lo que absorbiste, y serás llevado de la sublime gloria a los últimos males. Porque la iniquidad del Líbano te cubrirá; tu soberbia, dice, y la destrucción del templo, y el saqueo del santuario te devastarán y arruinarán. Y porque una vez nombró el monte Líbano, bajo la misma traducción compara las víctimas y sacrificios, o ciertamente la multitud de pueblos que fueron asesinados en Jerusalén, con animales o bestias, diciendo: Y la devastación de los animales te oprimirá. Todo esto lo sufrirás, porque devastaste a Judá, subvertiste la tierra de la promesa, y la ciudad de Jerusalén y todos sus habitantes. Escuché en Lidda a un hebreo, que era sabio entre ellos, y llamado δευτεροῦτης, narrando una historia de este tipo: Sedequías, dice, fue cegado por el rey Nabucodonosor en Reblatha, es decir, Antioquía, y ridiculizado de varias maneras, fue llevado a Babilonia (IV Reg. 25; Jerem. 39). Donde un día, mientras Nabucodonosor celebraba una fiesta, ordenó darle una bebida, que al ser consumida, el vientre del bebedor se soltó en flujo: y de repente, introducido ante los comensales, fue obligado por la fuerza de su vientre a ser contaminado con excremento, y esto es lo que ahora dice la Escritura: ¡Ay de aquel que da de beber a su amigo, vertiendo su hiel y embriagándolo, para que contemple su desnudez, y la ignominia en lugar de gloria: que aquel que fue un rey poderosísimo fue llevado a tal deshonra por él. Por lo cual Dios le amenaza que él también beberá una bebida de este tipo, y sufrirá todo lo que sufrió Sedequías. Cuán ridículo es esto, lo reconocéis sin que yo lo diga. Pues si lo que sigue: Bebe tú también, y adormécete, y te rodeará la copa de la diestra del Señor, y el vómito de ignominia sobre tu gloria, no lo entienden de la copa, sino de los males que beberá Nabucodonosor: entonces también la copa que se dio a Sedequías debe entenderse como males, no, como ellos quieren, καθαρικόν. Pero si dicen que realmente sucedió, y que se preparó una bebida de este tipo, como relaté antes: entonces también esta copa que beberá Nabucodonosor, debe considerarse llena de καθαρικῶ, para que Dios de los ejércitos y Señor omnipotente, por gran venganza, ofrezca a Nabucodonosor καθαρικόν, y lo haga ser contaminado con su propio excremento. Esto contra la tradición judía. Vayamos ahora a la comprensión espiritual. ¡Ay de ti, diablo, o Anticristo, o doctrina perversa de los herejes, que con tus doctrinas y bebida turbia embriagas [Al embriagando y subvirtiendo y das] a los pueblos de los engañados, y subviertes la fe anterior, dándoles una bebida, no de Siloé, no del Jordán, no de las fuentes de Israel, sino del torrente Cedrón, y del río de Egipto, del cual Jeremías dice: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para que bebas el agua de Geón (Jerem. II, 18)? por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), es decir, turbia y fangosa: aunque se cree que los ríos de Egipto salen del paraíso de las Escrituras: sin embargo, porque son pisoteados por los pies del Faraón, han perdido su esplendor, y violados por el lodo egipcio, se han convertido en torrentes, de los cuales el santo que escapó se regocija diciendo: Nuestra alma pasó por el torrente (Ps. CXXIII, 5). Pero si alguien objeta el torrente de Corat, del cual bebió Elías (III Reg. 17): y otro torrente, del cual el Señor bebió en el camino (pues así está escrito: Beberá del torrente en el camino [Ps. CIX, 7]), esto debe decirse, que cualquiera que esté en Egipto, y en el camino de este siglo, aunque sea Moisés y Aarón, aunque 625 sea Jeremías y Elías, sin embargo, es necesario que beba de las tentaciones de Egipto y del desierto, de donde también el discurso del Señor, que por esto asumió carne, para beber del torrente, considerando su majestad dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mat. XXVI, 39). Nuevamente, viendo que está en Egipto, y que las aguas no pueden ser purificadas, a menos que él mismo las beba, dice: Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú quieres. Esto porque el diablo con subversión y bebida turbia y doctrinas perversas embriaga a sus prójimos, es decir, al animal

racional, y hace que aquellos a quienes engañó, miren a sus cavernas. Los dogmas de la Iglesia son libres: se regocijan en el día y en la luz. Pero los que se embriagan, se embriagan de noche (I Thess. V, 7): y los que los embriagan, no los llevan a los atrios del Señor, que no están oprimidos por la sombra de los techos, sino a las cavernas. Pues han hecho de la casa del Padre, que era casa de oración, cavernas de ladrones (Matth. XXI), prometiendo ciertas iniciaciones y misterios, y secretos ocultos solo conocidos por los herejes, de los cuales también habla Isaías: Y todas las obras hechas a mano se esconderán, llevándolas a las cavernas y a las grietas de las rocas y a los agujeros de la tierra (Isai. II, 18, 19). No entremos, pues, en las cavernas de los herejes, ni nos escondamos allí, donde el impío Saúl solía expulsar los excrementos de sus doctrinas (I Reg. XXIV): sino más bien ascendamos a la caverna alta del monte Sinaí, donde también Elías vio al Señor (I Reg. XIX), y Moisés contempló sus espaldas (Exod. XXXIII). Y Isaías clamando sobre el Señor: Aquí habitará, dice, en la caverna alta (Isai. XXXII, 16). Pero si alguien no tiene una copa turbia y doctrina herética, y es maestro de la Iglesia, y hace todo por amor al lucro deshonesto, y vende las palomas en el templo, es decir, los dones del Espíritu Santo, y en la cátedra sacerdotal sofoca las aves libres, este no hace de la casa de oración una caverna de ladrones, sino que hace de la casa del Padre una casa de comercio. Después de esto sigue: Bebe tú también la saciedad de ignominia en lugar de gloria, y conmueve, es decir, oh diablo, oh doctrina perversa, oh hereje, que pensabas ser una copa de oro, con la que se embriagan todas las naciones, para que vieran tus cavernas y secretos, por la magnitud de la gloria llénate de saciedad de ignominia, y considera en un vaso de barro las obras de las manos del alfarero: bebe tú también de la copa del Señor, de la cual en el salmo 626 se dice: La copa en la mano del Señor, llena de vino puro mezclado, y ha inclinado de esto en aquello: sin embargo, su hez no ha sido vaciada (Psal. LXXIV, 9). Y de la sentencia anterior conmueve, y no pienses que son firmes y estables, en las que primero deseabas estar: porque te rodeará la copa de la diestra (Al. diestra) del Señor. Además, porque diste a tu prójimo con subversión turbia, se congregará ignominia sobre ti, y sobre tu gloria, que primero creías tener: y esto sufrirás, porque la impiedad del Líbano te cubrirá, según lo que se dice: Y su oración se convertirá en pecado (Psal. CVIII, 7). Pues el monte Líbano según el discurso griego es ὀμόνυμος del incienso: el incienso es σύμβολον del incienso espiritual, que es el culto de Dios. Por eso la oración perversa de los herejes y no dirigida con la simplicidad evangélica, se les convertirá en pecado, y la impiedad del culto de Dios los cubrirá. Por lo cual sigue: Y la miseria de las bestias te aterrorizará por la sangre de los hombres, y las impiedades de la tierra, y de la ciudad, y de todos sus habitantes. Y el sentido es: Aquellos a quienes engañaste con tus fraudes, y de las ovejas de Cristo hiciste tus bestias, cuando los veas en miseria, y por el error sufrir castigos: entonces te aterrorizarás, entonces yacerás. Y para que no pienses que, porque mencioné el Líbano y sus bestias, hablo de animales brutos, y no de hombres, te digo más claramente: Sufrirás esto, porque derramaste la sangre de muchos hombres, a quienes hiciste perecer para Dios. Y ejerciste impiedad en la tierra de los vivientes, en la tierra de los mansos, y tu impiedad también se desató en la ciudad del Señor, es decir, en su Iglesia; e hiciste que muchos que habitaban en ella fueran partícipes de tu impiedad. Esto se ha dicho bajo la persona de los herejes. Sin embargo, si queremos entenderlo del Anticristo; o del diablo que operará en el Anticristo, y este con su copa, con la que deseará subvertir la disciplina de Cristo, embriagará a muchos, para que ebrios entren en sus cavernas: pero después de que llegue el fin, por la gloria con la que se magnificó, se llenará de ignominia. Se llenará, porque beberá la copa de los castigos, y se conmoverá, no firme en su malicia, sino tembloroso, y arrepentido tarde. Pues lo rodeará la copa de la diestra del Señor, que es el Señor y Salvador, cuando lo mate con el espíritu de su boca, y lo destruya 627 con la iluminación de su venida. Entonces toda la ignominia que se reunió para sí mismo con pensamientos, hechos, palabras, vendrá sobre su gloria: para que tanto como antes se le

consideraba ilustre, tanto después esté lleno de ignominia. Pues blasfemó contra Dios, y la impiedad que ejerció en el Líbano lo cubrirá, y la furia de muchos hombres, que se desataron contra la Iglesia de Dios, se le imputará a él: ni podrá levantar la cabeza, sino que será abatido por el terror en la tierra. Pues mató a muchos hombres, y devastó todo el mundo, es decir, la Iglesia de Cristo y sus habitantes con su impiedad. Por lo tanto, también este capítulo, que ahora hemos expuesto, es decir: ¡Ay de aquel que da de beber a su prójimo con subversión turbia; y los tres anteriores en los que se dijo: ¡Ay de aquel que multiplica para sí lo que no es suyo, y: ¡Ay de aquel que acumula avaricia mala para su casa, y: ¡Ay de aquel que edifica una ciudad con sangre, y según la historia, y según la anagogía, pueden igualmente tomarse contra Nabucodonosor, o contra el diablo y el Anticristo y los herejes.

(Vers. 18.) ¿Qué aprovecha el ídolo, porque lo esculpió su artífice, la imagen fundida y falsa? porque confió en su obra el que la hizo, para hacer ídolos mudos. LXX: ¿Qué aprovecha el ídolo, porque lo esculpieron; formaron la imagen fundida, falsa? porque confía el artífice en su obra, para hacer ídolos mudos. Consecuentemente a lo anterior (Al. en lo anterior) se dice de Nabucodonosor, que fabricó la estatua del ídolo Bel, y la puso en el campo Dura: o, como está escrito en hebreo, Dora sobre lo cual leemos más plenamente en Daniel (Dan. III). La Escritura se maravilla de la locura y necedad del rey, porque él mismo ordenó hacer la estatua de oro, y el artífice confía en el ídolo que formó: lo cual podemos también tomar en general contra todos los adoradores de ídolos. No pensemos que es lo mismo lo que se esculpe y lo que se funde. La escultura podemos entenderla en piedras y mármoles: la fundición se entiende en aquellos metales que pueden disolverse y fundirse; por ejemplo, oro, plata, bronce, plomo y estaño. Esto se dice para que según la tropología sepamos qué es entre escultura y fundición. 628 Leemos en Deuteronomio: Maldito todo el que haga escultura y fundición, obra de manos de artífice, y la ponga en oculto (Deut. XXVII, 15). Escultura y fundición creo que son dogmas perversos, que son adorados por aquellos que los hicieron. Ve a Arrio esculpiéndose un ídolo de criatura, y adorando lo que esculpió. Observa a Eunomio fundiendo una imagen falsa, y doblando el cuello ante su fundición. Significativamente la Escritura: Y lo pondrá, dice, en oculto. Pues también ellos tienen sus orgías, y como para ciertos discípulos perfectos transmiten sacramentos ocultos, que si salen a la luz, inmediatamente se demuestra que son falsos. Nada, pues, les aprovechará su escultura y fundición. La escultura, que se refiere a las piedras, se entiende en esos dogmas que demuestran su necedad a primera vista. La fundición está allí, donde parece haber alguna razón de sabiduría secular, y como con cierto oro, así con las disciplinas de los filósofos y el esplendor de la elocuencia se ha fundido el ídolo. Nada, pues, aprovechará la obra a su artífice. Y el ídolo mudo y sordo no podrá escuchar a su adorador. Si alguna vez ves a alguien que no quiere creer en la verdad, y al mostrársele la falsedad de sus dogmas, persevera en su estudio comenzado, podrás decir adecuadamente: Confía en su obra, y hace ídolos mudos o sordos: κωφὰ pues en griego significa ambos: aunque Symmachus interpretando ἄλαλα, parece haber entendido más mudos que sordos. No debe mover a nadie ese ἰδίωμα de las Escrituras, del cual hemos hablado a menudo: ¿Quién, piensas, es el fiel y sabio administrador (Luc. XII, 42)? Y en otro lugar: ¿Quién es sabio y entenderá [Al. entiende] estas cosas (Ps. CVI, 43)? porque quién, o qué, se toma por raro: aunque podemos también tomar esto mismo por imposible de otro lugar: ¿Quién nos separará del amor de Cristo: tribulación, o angustia (Rom. VIII, 35)? y demás. Y del presente capítulo: ¿Qué aprovecha el ídolo, porque lo esculpió su artífice? En ambos se demuestra la imposibilidad, que ni la tribulación y angustia pueden separar a los apóstoles del amor de Cristo, ni hay utilidad alguna en los ídolos.

(Vers. 19, 20). ¡Ay de aquel que dice al leño: Despierta; levántate, piedra silenciosa (Al. yacente): ¿acaso podrá enseñar? He aquí que está cubierto de oro y plata, y no hay espíritu en sus entrañas. Pero el Señor está en su santo templo: calle ante Él toda la tierra. LXX: ¡Ay de aquel que dice al leño: Despierta y levántate; y a la piedra: Levántate; y es imagen, y es producción de oro y plata, y no hay espíritu en él. Pero el Señor está en su santo templo: que toda la tierra se postre ante Él. Esto puede entenderse tanto contra Nabucodonosor como contra todos los que veneran ídolos. Y se describe el error humano, que considera dioses al oro, la plata, las gemas y la seda, con los que los ídolos están envueltos o cubiertos, debido al resplandor del material, cuando el artesano pudo dar forma, pero no pudo dar el alma que anima los miembros. Y al contrario, se dice que el Señor está en su santo templo (Salmo X): no en un templo hecho por manos, sino en los cielos, o en cada uno de los santos, según el apóstol que dice: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (I Cor. III, 16). Y en otro lugar: Vuestros cuerpos son templo de Dios (I Cor. VI, 19); o en el Hijo, como Él mismo dice: El Padre que mora en mí, Él hace las obras (Juan XIV, 10). O ciertamente según aquello, que los cielos y la tierra, los mares y el universo mundo (Virg. VI Eneida): El Espíritu alimenta dentro; y toda la masa, infundida por los miembros, la Mente agita, y se mezcla con el gran cuerpo: todo el mundo que consiste en el cielo, y la tierra, y está encerrado en los círculos de los cielos, se dice que es la casa de Dios. De donde también el Apóstol confiadamente: Porque en Él vivimos, nos movemos y somos (Hechos XVII, 28). Si alguien objeta cómo se dice que no hay espíritu en los ídolos, cuando espíritus inmundos asisten a todas las imágenes, aprenda la costumbre de la Sagrada Escritura, que nunca llama espíritu perverso de manera absoluta, sino con algún añadido: como allí: Han sido seducidos por el espíritu de fornicación (Oseas IV, 12). Y en el Evangelio: Cuando el espíritu inmundo sale del hombre (Lucas XI, 24), y otras cosas similares. Pero dondequiera que se lee espíritu solo y absolutamente sin ningún añadido, siempre se refiere a la buena parte, es decir, al Espíritu Santo, como dice el Apóstol: El que siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna (Gálatas VI, 8). Y en otro lugar: El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz (Gálatas V, 22); y en otro lugar: Andad en el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne (Ibid., 16). No decimos que el Espíritu Santo no se ponga también con añadido: pues se le llama Espíritu Santo, y espíritu principal, y espíritu recto, y espíritu de Dios, y otras cosas similares; pero el Espíritu Santo se pone tanto con añadido como solo; pero el espíritu perverso nunca se lee sino con añadido. Pero también se puede decir (si alguien quiere aceptar contenciosamente el espíritu perverso en este lugar), que es diferente decir: No hay espíritu en él; a si hubiera dicho: No hay espíritu alrededor de él: pues puede asistir a las imágenes; pero no puede estar intrínsecamente. De donde también Aquila traduce más significativamente el hebreo diciendo: Y su espíritu no está en sus entrañas, o en medio de él. Por eso se debe saber que en algunos volúmenes hebreos no está añadido, todo; sino que se lee espíritu de manera absoluta. Si alguien, vencido por la razón, acepta el espíritu en buena parte, y pregunta por qué si se dice del Espíritu Santo, se lee con añadido: Y no hay espíritu en él, sepa que todo espíritu se entiende como las diversas gracias del Espíritu Santo: para que el sentido sea: Nada de gracia, nada de virtud podrá tener en sí. Esto se entiende más según la tropología, que en todos los ídolos de los herejes y en los engaños del diablo, no hay gracia del Espíritu Santo; pero parecen mostrar la imagen de la divinidad y la belleza de los dogmas, cuando en ellos no hay nada que respire y sea vital. Digamos también esto, para que no parezca que ocultamos al lector lo que sabemos, que espíritu y viento se llaman con la misma palabra en hebreo, es decir, RUA (רוח), y según el sentido del lugar, se suele tomar como espíritu o como viento. Por lo tanto, también en este lugar, podemos tomar espíritu como viento, que nada respira en los ídolos; o como alma, que las imágenes son inanimadas. Que el espíritu se tome como alma, lo indica claramente la oración del Salvador: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XXIII, 46). Pues Jesús no podía encomendar al Padre

ni un espíritu perverso (lo cual es impío pensar), ni el Espíritu Santo, que también es Dios, sino más bien su alma, de la cual había dicho: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 36, y Marcos XIV). Y: Nadie puede arrebatar mi alma de mí: sino que por mi voluntad pongo mi alma, y por mi voluntad la tomo de nuevo (Juan X, 17, 18).

LIBRO SEGUNDO.

631-632 Escribimos, mi Cromacio, papa venerable, otro libro sobre Habacuc, dedicando nuestro pequeño trabajo a su Cántico, y abordando con todas nuestras fuerzas el discurso épico y compuesto al modo lírico del Salterio. Que silbe, pues, la serpiente, y Sardánápalo insulte, más vil por sus vicios que por su nombre (de Cicerón): nosotros sigamos el camino emprendido; y con tus oraciones, tú que has superado la carne con virtud, discutamos la profecía más manifiesta sobre Cristo en el octavo profeta, es decir, en el número de la resurrección del Señor.

Oración del profeta Habacuc por las ignorancias. LXX: Oración del profeta Habacuc con cántico. Aquila y Símaco y la quinta edición, como nosotros, tradujeron por las ignorancias: solo Teodoción ὑπὲρ τῶν ἐκουσιασμῶν; es decir, por los voluntarios, y por aquellos que pecan voluntariamente. Esto para que entendamos (excepto los Setenta) que ninguno tradujo la oración con cántico. Pues también en hebreo tiene AL SEGIONOTH () que se dice, ἐπὶ ἀγνοημάτων, y nosotros lo hemos traducido, por las ignorancias. El sentido es que, porque antes había dicho temerariamente: ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no escucharás? ¿Gritaré a ti sufriendo violencia, y no salvarás? Y luego en la segunda queja: ¿Por qué no miras a los que obran iniquidad, y callas, mientras el impío devora al más justo que él? A esto había oído: Escribe la visión, y explícalo sobre tablas. Y después de otras cosas: He aquí que el incrédulo no tendrá su alma recta en sí mismo: pero el justo vivirá por su fe. Y había aprendido que Nabucodonosor, o el diablo, o el Anticristo, estaba puesto en el juicio de los pecados, y fuerte para corregir a las naciones: ahora hace penitencia, y llora por haber hablado temerariamente: y pide perdón, para obtener misericordia, porque lo hizo ignorante. De donde también David: No recuerdes, dice, los pecados de mi juventud, ni mis ignorancias (Salmo XXIV, 7). Hay quienes piensan que es la oración del profeta, para que en la venida de Cristo se quite el error de los hombres: de donde también el nombre del profeta está señalado en el título, porque con espíritu profético ora para que se quite la oscuridad, y se devuelva la luz; se quite la imagen, y se otorgue la verdad. Que es profecía lo muestra todo el texto del Cántico, y especialmente aquello: En medio de dos animales serás conocido. Y: Cuando se acerquen los años, serás conocido. Y sobre el juicio: Cuando mi alma esté turbada en la ira, recordarás la misericordia. Y de nuevo sobre la venida de Cristo: Dios vendrá de Temán, y el santo del monte sombrío y denso. Y también en el futuro: Temblarán las tiendas de la tierra de Madián, y subiendo sobre tus caballos, extenderás tu arco sobre los reinos. Si alguien pregunta por qué solo Teodoción tradujo por los voluntarios, podemos decir, o bien la confesión del profeta, que no por alguna necesidad, sino voluntariamente pecó, pensando mal del juicio de Dios; o ciertamente se muestra la futura fe de las naciones, que dejando voluntariamente su error anterior, creerán en aquel que se promete en el Cántico. Leemos en el salmo diecisiete: Oración de David. Y en otro similar: Oración de David. Y en el ochenta y nueve: Oración de Moisés, hombre de Dios. Y en el ciento uno: Oración del pobre cuando esté angustiado, y derrame su súplica ante el Señor. Y dondequiera que se introduce el nombre de oración: sin embargo, en ningún lugar se lee con cántico. Y no sé si es decente orar con cántico, a menos que quizás según los Setenta digamos que el profeta ora por la venida de Cristo, y esto mismo con deleite, y profetiza con salmos y cántico, para que en lo que es oración, suplique al Padre, y en lo que es cántico, se alabe al Padre, que envió al Hijo,

y al Hijo que vino. Esto sobre el título del Cántico. Veamos ahora lo que se dice en el Cántico.

(Cap. III.---Vers. 1.) Señor, he oído tu audición, y temí: Señor, tu obra en medio de los años vivificala. LXX: Señor, he oído tu audición, y temí: Señor, consideraré tus obras, y me asombré en medio de dos animales serás conocido. Por lo que nosotros y Aquila y Teodoción hemos traducido, vivificala, Símaco lo ha interpretado como, revivificala. Pero lo que los Setenta dijeron, consideraré y me asombré, no se encuentra en hebreo, ni en ninguno de los otros intérpretes, para que, eliminando lo que no se encuentra en hebreo, pueda leerse según los Setenta: Señor, tus obras en medio de dos animales serás conocido: lo cual, porque parecía incomprendible, se unieron las partes superiores. Leemos en hebreo ADONAI, es decir, Señor, PHALACH, tu obra, BACEREB, en medio, SANIM, años, HEIEU, vivificala. Esto para que se reconozca claramente lo que está añadido en los Setenta. Los hebreos explican este lugar según la historia de esta manera: Señor, he oído tu audición, y temí. He oído, dice, las penas que has preparado para Nabucodonosor y el diablo, en las que le dijiste: ¡Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo (Supra, II, 6). Y en segundo lugar: ¡Ay de aquel que acumula avaricia mala para su casa (Vers. 9). Y en tercero: ¡Ay de aquel que edifica una ciudad con sangre, y prepara una ciudad con iniquidad (Vers. 12). Y en cuarto: ¡Ay de aquel que da bebida a su amigo, enviando su hiel y embriagándolo. Y en quinto: ¡Ay de aquel que dice al leño, despierta: levántate, piedra silenciosa. Y así como me aterrillé de miedo, porque el gran dragón será herido con tantas heridas, así te ruego, Señor, que cumplas lo que prometiste, y al final del tiempo, devuelvas a tu Cristo. Porque tú dijiste, que aún la visión está lejos y aparecerá al final, y no mentirá. Vivifica, pues, lo que prometiste, es decir, cumple tu promesa; que no muera tu palabra en vano, sino que se complete con obra. Esto también puede entenderse según nosotros sobre la resurrección del Salvador: para que aquel que murió por nosotros, resucite de entre los muertos, y sea vivificado. Según los Setenta, sin embargo, el sentido es muy diferente, y también debemos poner la explicación de la edición Vulgata. Señor, he oído en las Escrituras tu palabra, y tú dándome oído, según aquello que dice Isaías: Me añadió oído para escuchar (Isaías L, 5); así escuché, como tú quieres que se escuche tu palabra. Y contemplando tus obras con diligencia (para que no se me diga: No miran las obras del Señor, y no consideran las obras de sus manos), entendí al Creador por las criaturas, y por cada cosa que hiciste, y que obras diariamente en el universo mundo, quedé totalmente asombrado, y perdiendo el sentido de la humanidad, me convertí en santa locura. O ciertamente turbado por la admiración, estallo tembloroso en tus alabanzas diciendo: En medio de dos animales serás conocido. Lo que muchos piensan que se refiere al Hijo, y al Espíritu Santo, porque el Padre se entiende a través del Hijo y del Espíritu. Estos son también los dos Serafines en Isaías (Cap. VI), y los dos Querubines, que se interpretan en Éxodo (Cap. XXV), que se miran entre sí [Al. miren y tengan y velando], y en medio tienen el oráculo; y en Isaías (Cap. VI), velando la cabeza y los pies del Señor, vuelan solo en este siglo, y uno clama al otro el misterio de la Trinidad: y se envía uno de los serafines, que se interpreta ardiente, y viene a la tierra y purifica los labios del profeta, y dice: Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto deseo que arda (Lucas XII, 49). Esto piensan otros, y para esta interpretación usan muchos testimonios de las Escrituras. Por otro lado, la interpretación simple, y la opinión del vulgo, lo entiende sobre el Salvador, que entre dos ladrones crucificado fue conocido (Marcos XV, y Juan XIX). Pero quienes mejor lo entienden, dicen que en la primera Iglesia que fue congregada de la circuncisión y del prepucio, con dos pueblos rodeándolo de un lado y del otro, el Salvador fue entendido y creído. Hay quienes entienden los dos animales como los dos Testamentos, el nuevo y el viejo, que verdaderamente son animados y vitales, que respiran, y en medio de los cuales el Señor es conocido.

En medio de los años lo harás conocido. LXX: Cuando se acerquen los años, serás conocido. Cuando venga, dice, el tiempo, y cumplas con obra lo prometido, mostrarás que son verdaderas las cosas que prometiste. O cuando se acerque la consumación, y en la última hora venga el Hijo para destruir los pecados, serás conocido más claramente. Sigue:

Cuando llegue el tiempo, te manifestarás, cuando mi alma esté turbada. Lo cual, excepto los Setenta, no se encuentra en hebreo, ni en ninguno de los otros intérpretes. Y el sentido es: Cuando llegue el tiempo, del que se dice: En tiempo aceptable te escuché, el tiempo de la venida del Señor Jesucristo (II Cor. VI, 2): entonces, oh Dios Padre, se conocerá tu nombre, que antes fue oculto a los hombres, del que dice el Señor en el Evangelio: Padre, he revelado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Lo que se añade: Cuando mi alma esté turbada, en la edición de los Setenta intérpretes se une con lo posterior, para que pueda leerse: Cuando mi alma esté turbada en la ira, y hasta aquí la distinción: de ahí en adelante se añade, recordarás la misericordia; que al profeta le baste con la sola perturbación por el castigo, y que a la ira de Dios, su alma perturbada, no se le imponga el castigo, sino que la ira sea excluida por la misericordia. Pero la ira de Dios también tiene medidas: cuánto, y cuánto tiempo, y por qué causas, y a quiénes se impone, según aquello que está escrito: Nos alimentará con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en medida (Salmo LXXIX, 6). Si el profeta se turba ante la ira de Dios, y quien está turbado obtiene misericordia, ¿qué debemos esperar, más bien temer, nosotros, cuyas obras son todas dignas de la ira de Dios? Lo que sigue según el hebreo.

Cuando estés airado, recordarás la misericordia. No debemos pensar que Dios olvida, y después de la ira recuerda su misericordia; sino que nosotros, puestos en el castigo, pensamos que Él olvida, según aquello: ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre? (Salmo XII, 1). Pues también cuando estamos cubiertos por tentaciones, como por olas, y la rápida tormenta de los demonios se desata contra nosotros, hablamos como a un dormido: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? Y al mismo tiempo observa la clemencia de Dios: no dijo, cuando infligas castigos, recordarás la misericordia; sino cuando estés airado. Quien se enoja, a veces no golpea, sino que solo amenaza. Lo que también el apóstol sintiendo dice: Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres (Romanos I, 18). Donde se revela, no se inflige, no golpea; sino que se revela para asustar, y a los asustados no se les inflige.

(Vers. 3.) Dios vendrá del Sur, y el Santo del monte de Farán. Siempre. LXX: Dios vendrá de Temán, y el Santo del monte sombrío y denso. Diapsalma. Aquila y Símaco, y la quinta edición han puesto el mismo hebreo THEMAN (): solo Teodoción interpretó qué significaba Temán, diciendo ELOIM, vendrá del Sur, y el santo del monte Farán, al final. De lo cual entendemos que los Setenta pusieron, del monte sombrío y denso. Pero también lo que los Setenta tradujeron, διάψαλμα, y nosotros pusimos, siempre; Símaco lo interpretó como, en la eternidad: Teodoción, al final: la quinta edición el mismo hebreo SELA (). Dios, por lo tanto, vendrá del Sur, es decir, del mediodía, de la luz clara, y de aquellos que son llamados hijos del día. De donde también en el Cantar de los Cantares, el esposo ahuyenta al norte y llama al sur diciendo: Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla en mi jardín, y fluyan mis aromas (Cant. IV, 16). Dios siempre está en el mediodía: ¿Dónde, dice, pastoreas? ¿dónde descansas? al mediodía (Ibid., I, 6). Y a Abraham cuando estaba bajo la encina, Dios no vino sino al mediodía (Gén. XVIII y XLIII). Y José, que precedió en tipo al Salvador, hace un banquete a sus hermanos al mediodía. El conocimiento, por lo tanto, de Dios Padre a aquellos que son dignos, viene en plena luz. Y el conocimiento del Santo, es decir, del Hijo de Dios, viene del monte sombrío y denso. El monte sombrío y denso, o bien se entiende como el mismo Padre,

llo de virtudes y toda sabiduría, protegiendo con su majestad todo, extendiendo sus alas y cuidando a sus polluelos: o ciertamente el paraíso y los cielos llenos de ángeles, llenos de virtudes, llenos de árboles muy fértiles. Y ojalá también me suceda a mí, que a mi voz y a mi exposición Dios venga en clara luz, y su Hijo, de quien está escrito: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XX, 26), de la sublimidad del discurso sombrío y denso, y con los testimonios de las Escrituras entrelazados de aquí y de allá, y con el Padre y el Hijo viniendo juntos, el oyente se convierta en su morada, y se cumpla la Escritura, diciendo: Yo y mi Padre vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV, 23). Pero porque en lugar de monte sombrío y denso, en hebreo está escrito monte Farán, y Farán se interpreta como boca del vidente: bellamente según nuestra interpretación, del discurso erudito del hombre viene el conocimiento del Hijo, y no de cualquier discurso, sino de aquel que está lleno de luz, lleno de ojos, para que se lleve manifiesto y puro a los oídos de los oyentes. Pero lo que dice del monte, entiende doctrinas sublimes. Yo he oído a un hebreo disertar sobre este lugar de esta manera: Que Belén está situada al Sur, en la cual nació el Señor y Salvador, y que es de quien ahora se dice: El Señor vendrá del Sur, es decir, nacerá en Belén, y de allí se levantará. Y porque él mismo que nació en Belén, dio la Ley una vez en el monte Sinaí, él es el Santo que viene del monte Farán: Farán, en efecto, es un lugar cercano al monte Sinaí. Y lo que se añade, diapsalma, es decir, siempre, tiene el sentido: él que nació en Belén, y que en Sinaí, es decir, en el monte Farán, dio la Ley, siempre en todos los beneficios, pasados, presentes y futuros, es autor y dador. Sobre el diapsalma, que en hebreo se dice SELA, se ha discutido más ampliamente en el Salterio. Y al mismo tiempo observa según los Setenta, que el diapsalma no se pone, sino en el Salterio, y en el presente lugar. De lo cual entendemos correctamente que el Cántico de oración fue señalado por los Setenta.

(Vers. 4.) Cubrió los cielos su gloria, y de su alabanza está llena la tierra. Su esplendor será como la luz: cuernos en sus manos. Allí está escondida su fortaleza. LXX: Cubrió los cielos su poder, y de su alabanza está llena la tierra, y su esplendor será como la luz: cuernos en sus manos, y puso el amor robusto de su fortaleza. Por lo que los Setenta interpretaron, y puso el amor robusto de su fortaleza: y nosotros dijimos, allí está escondida su fortaleza: Aquila tradujo, y puso el escondite de su fortaleza: Símaco, y puso su fortaleza escondida; solo Teodoción, congruente con nuestra traducción, dijo: y allí está el escondite de su fortaleza. Pues la palabra SAM () según la calidad del lugar, se entiende como y puso, y allí: y más en el presente lugar debe leerse allí, que puso, para que el sentido y el orden de la sentencia sea: Cuernos en sus manos, y se entienda, allí, es decir, en los cuernos está escondida su fortaleza. Es manifiesto según el hebreo que en la venida de Cristo todo está lleno de gloria, según aquello que se dice en el Evangelio: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Y en otro lugar: Hizo la paz en los cielos y en la tierra por la sangre de la cruz, y se sentó a la derecha de la grandeza: porque su palabra corre velozmente. Y en otro lugar: Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! (Sal. CXLVII, 1). Y de nuevo en el Salmo dieciocho: En toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe sus palabras (Sal. XVIII, 5). También su esplendor, como el sol de justicia, resplandeció con luz clara; y cuernos en sus manos, estandartes y trofeos de la cruz, y en esos cuernos está escondida su fortaleza: Porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo: se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6 ss). En la cruz, por lo tanto, por un momento está escondida su fortaleza, cuando decía al Padre: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38, 39): Y: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Luc. XXIII, 13). Y en la misma cruz: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Por lo demás, según los Setenta en lo que se dijo: Cubrió los cielos su poder, debemos saber que es menor lo que se cubre, de lo que cubre: si es que todo se cubre, y no en

parte, lo que está cubierto. Cuando, por lo tanto, el poder de Dios cubre los cielos, su poder, por el cual se cubren los cielos, es mayor que los cielos. Leemos frecuentemente que los cielos son aquellos que llevan la imagen del celestial, y que narran la gloria de Dios. También el apóstol prueba que el poder de Dios es el Señor Salvador: Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios (I Cor. I, 30). Este poder de todas las virtudes especiales [Al. espirituales] es como madre: por ejemplo, se llama poder, sabiduría, fortaleza, justicia, templanza, verdad, santidad, redención: Cristo, sin embargo, se ha hecho para nosotros de Dios sabiduría, y justicia, y santificación, y redención. Estas virtudes especiales, en las cuales Cristo se muestra (según el progreso de aquellos que lo reciben ya sea como sabiduría, o fortaleza, o justicia, y otras cosas semejantes), están contenidas en el poder general de Dios, es decir, en el Señor Salvador: y de esta manera también entendemos de la tierra, que aquellos que primero por la imagen del terreno eran llamados tierra, y se les decía: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19), en la venida del Salvador se llenan de la alabanza del Señor. Cuando, por lo tanto, los cielos también hayan sido cubiertos con el poder de Dios (protegidos y vestidos por todas partes), y toda la tierra esté llena de la alabanza de Dios, entonces su esplendor será como la luz. La imagen de Dios y el esplendor de su gloria, es el Dios Salvador, el apóstol no lo calla: Quien después de habernos aparecido el esplendor de la gloria de Dios, regresó a la majestad original (Hebr. I). Aunque conocíamos a Cristo según la carne: pero ya no lo conocemos según la carne (II Cor. V, 16), sino según el espíritu; porque, Lo que fue hecho, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Juan I, 3, 4). Lo que el Salvador mostrando más claramente en el Evangelio dice: Padre, glorifícame con la gloria que tuve contigo, antes que el mundo fuera hecho (Juan XVII, 5); para que después de la ascensión a los cielos, sea el esplendor lo que la luz, es decir, que el Hijo comience a ser lo que el Padre es. Pero lo que sigue: Cuernos en sus manos, es costumbre de las Escrituras, que siempre pongan cuernos por reinos. Pues también aquello que Ana habla en el primer libro de los Reyes: Exaltó el cuerno de su Cristo (I Reg. II, 10), significa la magnificencia del reino del Salvador. Y en Daniel, diez cuernos demuestran diez reinos (Dan. VII). Así también ahora se dice: Cuernos en sus manos, como en otro lugar leemos escrito: El corazón del rey está en la mano de Dios (Prov. XXI, 1): por lo que es, la mente y el principal del corazón del hombre santo (que avanza hacia los reinos celestiales, que aún puesto en la tierra, reina sobre el cuerpo sin pecados) no vaga externamente; sino que está situado en la tutela de Dios. Porque en hebreo, y en las demás ediciones no está escrito: Cuernos en sus manos, sino en su mano, lo que se dice JADO (), entendamos la mano de Dios fuerte y robusta como su Hijo. Y en esta mano digamos que están puestos todos los reinos de los cielos, y de aquellos que se esfuerzan por ascender a los cielos: lo que también Isaías suena, diciendo: Se hizo una viña al amado en un cuerno, en un lugar fértil (Is. V, 1), por lo que es, en el reino. Por esta razón creo que ningún animal cornudo se pone entre los inmundos en Levítico, y eso mismo significa el unicornio en los Salmos (XLIX y XCI), o ῥινοκερότα; y aquello: En ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno (Sal. XLIII, 7). Pero lo que según los LXX leemos: y puso el amor de la fuerte virtud suya, también esto debe entenderse de Cristo, que Dios Padre por eso cubrió los cielos con su poder, y llenó la tierra de alabanza, e hizo que su esplendor fuera como la luz, y puso el reino en la mano de su Hijo, para hacer que su amado fuera amado por los hombres, y amado no ligeramente, sino vehementemente y fuertemente, para que quienes lo amaran fuertemente, y permanecieran en su amor, nadie los quitara de su mano. Por el contrario, el diablo hace que amemos el mundo, y por el amor de la virtud amar los vicios, y no ligeramente, sino fuertemente, de modo que de nosotros se pueda decir: Y puso el diablo el amor fuerte de sus vicios.

(Vers. 5.) Ante su rostro irá la muerte: y saldrá el diablo ante sus pies. LXX: Ante su rostro irá la palabra, y saldrá al campo tras sus pies. Por lo que nosotros tradujimos muerte, en

hebreo se han puesto tres letras, DALETH, BETH, RES, sin ninguna vocal, que si se leen DABAR (), significan palabra; si DEBER, peste, que en griego se dice λοιμός. De hecho, Aquila así lo interpretó, Ante su rostro irá la peste; Símaco, Ante su rostro precederá la muerte; la quinta edición, Ante su rostro caminará la muerte; solo los LXX y Teodoción interpretaron palabra por muerte. También en el versículo siguiente, donde dijimos: Saldrá el diablo ante sus pies, y los LXX lo tradujeron de otra manera, según los cuales discutiremos después: Aquila tradujo por diablo, volátil; Símaco y Teodoción, y la quinta edición, volador, que en hebreo se dice RESEPH (). Los hebreos enseñan, como en el Evangelio se dice que el príncipe de los demonios es Beelzebub (Mat. XII): así Reseph es el nombre de un demonio, que tiene el principado entre otros, y por su excesiva velocidad y carrera en diversas direcciones, se le llama ave y volátil: y es el mismo que en el paraíso bajo la figura de la serpiente habló a la mujer, y de la maldición, por la cual fue condenado por Dios, recibió el nombre: ya que RESEPH, se interpreta como reptante con el vientre. Esto es, por lo tanto, lo que se dice: tan pronto como venga el Señor y sea bautizado en el Jordán, y al descenso de la paloma la voz del Padre resuene: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17), al salir de las aguas le saldrá al encuentro el diablo; y ante sus pies estará la muerte, y la antigua serpiente, que durante cuarenta días lo tentó en el desierto. Si, sin embargo, leemos según los LXX, ante su rostro irá la palabra, y saldrá a los campos tras sus pies, esto significa, que la palabra de Dios antes de su visita, que ahora se llama alegóricamente rostro, precede y prepara los corazones de los creyentes: para que enderece lo torcido, y allane lo desigual: y el alma del oyente como un campo cultivado, pueda recibir la siembra espiritual.

(Vers. 6.) Se detuvo, y midió la tierra: miró, y disolvió las naciones, y se quebrantaron los montes del siglo: se inclinaron los collados del mundo, por los caminos de su eternidad. LXX: Se detuvo, y la tierra se conmovió: miró [Al. miró], y se disolvieron las naciones: se quebrantaron los montes por la violencia: se derritieron los collados del siglo por el camino eterno de él. El Salvador, estando de pie y mirando todo, y midiendo con su ojo la totalidad del mundo, disolvió la multitud de las naciones: disueltas y disueltas las cuales, se quebrantaron los montes de este siglo, y se inclinaron los collados de este mundo. Porque hay otros montes y collados, que el esposo salta y pasa en el Cantar de los Cantares (Cap. 2), de los cuales también en el segundo salmo de los grados se dice: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda (Sal. CXX, 1). Pero los montes del siglo son los mismos que los montes tenebrosos; de los cuales Jeremías ordenó, que no se tropiecen nuestros pies sobre ellos (Jer. XXXI). Estos son los collados en los que Saúl reinaba, cuando mataba a los sacerdotes de Dios (I Reg. XXII): Gabaa, en efecto, se interpreta como colina. Y elegantemente se inclinaron, dice, los collados del mundo. Antes de la venida del Salvador caminaban con el cuello erguido, y nadie podía humillar su soberbia. Pero se quebrantaron y se inclinaron por los caminos de su eternidad, es decir, de Dios, porque su eternidad se dignó venir a nosotros, o porque siempre desde el principio del mundo hasta su encarnación vino a los santos, y se hizo en la mano de cada uno la palabra de Dios, y en todos los vencedores él mismo superó, y su camino eterno inclinó, quebrantó los collados y montes. Estas cosas se han dicho metafóricamente según el hebreo. Pero según los LXX, después de que la palabra de Dios haya precedido su rostro, y haya salido a los llanos, Dios Padre viene allí, donde se le ha preparado una región para su palabra, y viene tras los pies de su palabra, y se detiene; nunca precediendo, sino siempre esperando, para que él mismo le allane el camino. Donde se detenga junto a los pies de su palabra, allí inmediatamente la tierra, es decir, las obras de la carne y los cuerpos no pudiendo soportar la presencia de Dios, se conmueven. Y cuando se hayan conmovido, la virtud de la palabra y la presencia de Dios mira todas las naciones del alma, que podemos entender como pensamientos y múltiples opiniones diversas, que inmediatamente se disuelven y se derriten. Si algo también se había exaltado contra el

conocimiento de Dios en la tierra, y había ocupado el sentido del oyente, esto, precediendo la palabra, y con la venida de Dios, se romperá y se quebrantará. Quebrantados y quebrantados los montes a la vista de Dios, los collados se consumirán claramente, y se reducirán a nada. No son montes de Dios, sino montes del siglo. Porque el camino eterno de Dios mirando a lo que su palabra precede, y más fuerte que los collados del siglo, los consumirá y destruirá. Pero los montes también pueden entenderse como demonios, que se mueven en los herejes, y se elevan contra el conocimiento de Dios: los collados también otras fortalezas de los demonios, que hacen que los hombres admiren la belleza de los cuerpos, las dignidades, las riquezas, la nobleza de la familia, y otros bienes del mundo. Se puede ver después de la venida de la palabra de Dios, y la presencia de Dios Padre, cómo las almas humanas se conmueven, y todo lo que es terrenal se disuelve, y los pensamientos anteriores se reducen a nada. Entonces se destruyen los demonios, entonces las alturas del siglo se reducen a nada, y todo el conocimiento de los herejes, que primero se hinchaba, se humilla, se quebranta y se consume a la venida de la palabra de Dios. Y lo que antes parecía hermoso y grande, se desecha como despreciable y pequeño. Y esto sucede por la venida de Dios y la morada de Cristo, según lo que está escrito en otro lugar: Habitaré en ellos, y caminaré en ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Lev. XXVI, 12).

(Vers. 7.) Por la iniquidad vi las tiendas de Etiopía, se turbarán las pieles de la tierra de Madián. LXX: Por los trabajos vi las tiendas de los etíopes: temerán también las tiendas de la tierra de Madián. Los etíopes, oscuros y amantes de las tinieblas, y ajenos a toda luz, que se alimentan de carne de dragón (de quien está escrito: Lo diste como comida a los pueblos etíopes (Sal. LXXIII, 14]), se entienden como demonios, cuyo tabernáculo se convierte en cualquiera que en este mundo trabaje por honores y riquezas: lo cual se muestra significativamente bajo una sola palabra, iniquidad, «Porque todo rico, o es iniquo, o es heredero de un iniquo.» Observa a los hombres cruzar los mares: esperar ante las puertas de los poderosos: sufrir todo lo que la condición de los siervos apenas soporta, para acumular riquezas, para obtener alguna dignidad: y después de haberlo conseguido, entregarse a la lujuria y a los placeres y a toda iniquidad, para que lo que la avaricia reunió, la lujuria lo consuma. Estos, por sus trabajos, se convierten en hospedaje de demonios, y quienes debían ser templo de Dios, se convierten en tabernáculo de los etíopes. Pero también lo que sigue: Se turbarán las pieles de la tierra de Madián, o temerán también las tiendas de la tierra de Madián, entiende que son los mismos tabernáculos de los etíopes, y los tabernáculos de la tierra de Madián. Pues después de haberse enriquecido, y haber ascendido al más alto grado por medios lícitos e ilícitos, entonces la conciencia de sus pecados, siempre temerán la muerte, siempre el juicio, y ante una leve fiebre, como ladrones en la cárcel, suspirarán por los eternos suplicios. Madián en nuestra lengua significa juicio, es decir, condenación, y se muestra que por el miedo al juicio y a las penas eternas siempre están en temor, y los tormentos que sienten que merecen, los soportan con pavor cotidiano.

(Vers. 8, 9.) ¿Acaso en los ríos te enojaste, Señor: o en los ríos tu furor, o en el mar tu indignación? porque subiendo sobre tus caballos, y tus carros son salvación. Despertando despertarás tu arco, los juramentos a las tribus que hablaste. Siempre. LXX: ¿Acaso en los ríos te enojaste, Señor: o en los ríos tu furor, o en el mar tu ímpetu? Que subiendo sobre tus caballos, y tu cabalgadura es salvación: tensando, extendiendo tu arco sobre los cetros, dice el Señor. Diapsalma. Donde los Setenta diapsalma, y Aquila siempre, los demás lo tradujeron de manera similar. Y porque la oración se apresura a la interpretación tropológica, comprendiendo brevemente el sentido literal del capítulo, prosigo a lo restante. Así como secaste el Jordán y el mar Rojo, luchando por nosotros; pues no te enojaste con los ríos y el mar, ni pudieron los insensibles contraer ofensa alguna: así ahora subiendo a tus carros, y

tomando tu arco, darás salvación a tu pueblo, y los juramentos que juraste a nuestros padres y a las tribus, los cumplirás para siempre. Pero lo que dice: ¿Acaso en los ríos te enojaste, Señor, o en los ríos tu furor, o en el mar tu ímpetu? lo dice ambiguamente, y más con el lenguaje de quien pregunta que de quien prueba. Pues hay ríos buenos, y hay ríos malos. Hay un mar pésimo, y hay un mar óptimo. De los ríos buenos es ejemplo: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y que quien beba del agua del Señor, de su vientre fluirán ríos de agua viva para vida eterna (Juan IV). De los malos, lo que Faraón dice en Ezequiel: Míos son los ríos, y yo los hice (Eze. XXIX, 9), en los cuales habita el dragón, y muchas cosas similares. Pero que el mar se tome en buen sentido, el salmo veintitrés es testimonio, en el cual tropológicamente se dice de la Iglesia bajo οἰκουμένη, es decir, el orbe de la tierra: Del Señor es la tierra y su plenitud, el orbe de la tierra, y todos los que habitan en él: él lo fundó sobre el mar, y lo preparó sobre los ríos, es decir, el orbe. Pero que se funda por el Señor sobre los ríos, y se prepara sobre el mar, ciertamente se toma en buen sentido. También lo que se dice de la viña que fue trasladada de Egipto: Extendiste sus sarmientos hasta el mar, y hasta los ríos sus brotes (Sal. LXXIX, 12), hasta el mar creo que puede tomarse en buen sentido. Y decimos que las palabras divinas que son más manifiestas, y como bebida se ofrecen a los sedientos, se llaman ríos: pero aquellas que están llenas de sacramentos, y puestas en lo profundo (de las cuales dice el Apóstol: ¡Oh profundidad de la sabiduría y del conocimiento de Dios! (Rom. XI, 33) y el Profeta concuerda: Desde lo profundo clamé a ti, Señor (Sal. CXXIX), se llaman mar en las Escrituras. Esto sobre que el mar pueda entenderse en mejor parte. Pero que también se tome en contrario, hay muchos testimonios, de los cuales uno está en los Salmos: Este mar grande y espacioso: allí pasarán las naves, animales pequeños con grandes. Este dragón que formaste para burlarte de él (Sal. CIII, 25, 26). Y del Evangelio cuando el Salvador reprendió a los vientos y al mar y le dijo: Calla y enmudece (Mar. IV, 39). Pues lo que se reprende, es malo, según aquello de Zacarías: Reprenda el Señor en ti, diablo (Zac. III, 2). Y a Timoteo: Reprende, consuela, y exhorta (II Tim. IV, 2). Así que el profeta preguntando: ¿Acaso en los ríos te enojaste, Señor, o en los ríos tu furor, o en el mar tu ímpetu? digamos si son los ríos de Egipto, y el mar rojo y sanguíneo; el Señor se enoja y los golpea, y con todo ímpetu se lanza sobre los abismos, elevándose contra el conocimiento de Dios. Por lo cual el mar vio y huyó (Sal. CXIII), no soportando la presencia de Dios. Y el Jordán se volvió atrás, cediendo a la gloria del pueblo que pasaba, que también es dividido por Elías y por Eliseo. Pero para hablar más claramente, entiende la elocuencia de los herejes que fluye contra la verdad y la Iglesia como ríos, a los cuales el Señor se enoja. Las almas de aquellos que son llevadas por todo viento de doctrina, y siempre fluctúan en malicia, y son sumergidas en abismos salados, observa el mar sobre el cual se hace el ímpetu del Señor, y siente su llegada, y sabe con qué límites y barreras está encerrado, y escucha: En ti se romperán tus olas. Pero si los ríos son buenos y el mar es bueno, en ellos se lava Jesús, y coloca su Iglesia sobre tal mar. Después de esto sigue: Que subiendo sobre tus caballos, y tu cabalgadura es salvación. Busco los caballos sobre los cuales sube el Señor, y creo que no son otros sino las almas de los santos, sobre las cuales sube la palabra divina, para salvarlas a ellas y a otros a través de ellas. Pongamos ejemplos de caballos. El Esposo habla en el Cantar de los Cantares: A mi cabalgadura en los carros de Faraón te asemejé, mi amada (Cant. I, 8). No porque Cristo compare a la Iglesia, o la palabra de Dios a la alma que llama su esposa, con los carros de Faraón; sino porque toda alma, aunque sea santa y perfecta, comparada con Dios, es como un carro de Faraón, y una bestia. Por lo cual Moisés habla al Señor: Yo soy ἄλογος, es decir, irracional (Éxod. IV, 10). Y David: Como una bestia fui ante ti (Sal. LXXII, 23). No porque absolutamente sea una bestia; sino porque ante Dios es una bestia. A estos caballos se oponen aquellos que tiene Faraón, y de los cuales se dice: El caballo y su jinete arrojó al mar (Éxod. XV, 2): tal cabalgadura no es salvación, sino perdición. Busquemos también otros caballos, sobre los cuales sube el Señor: En el libro de los Reyes leemos que el

siervo de Eliseo se levantó por la mañana, y al salir vio un ejército rodeando los muros de la ciudad, y caballos y carros (IV Reg. VI). Y después de que a las oraciones del profeta se le abrieron los ojos: Miró, dice, y he aquí el monte lleno de caballos, y carros de fuego alrededor de Eliseo. Observa atentamente que se ven caballos y carros, y sin embargo en tantos miles de caballos y carros no hay jinete: de estos caballos él era el auriga y el conductor de quien el Salmista canta: Tú que te sientas sobre los querubines, muéstrate (Sal. LXXIX, 2). Con tales caballos y tal carro también Elías fue arrebatado al cielo (IV Reg. II). Si alguien quiere aprender de Zacarías quiénes son los caballos rojos, y quiénes los negros, y quiénes los manchados, y quiénes los blancos que salen de los mirtos, y de los montes en lo profundo, o, como está escrito en los Setenta, de bronce, en el mismo profeta, si el Señor da espacio de vida, intentaremos explicar (Zac. I). También Juan vio caballos blancos, y sus jinetes (Apoc. VI): de los cuales creo que los cuerpos en la gloria de los resucitados son caballos blancos; los jinetes, las almas de los santos. Si alguien es pecador, y semejante a mí, se sentará en un caballo negro, y se dirá de él: Se adormecieron todos los que montaron caballos (Sal. LXXV, 7). De tales caballos está escrito: Engañoso es el caballo para la salvación (Sal. XXXII, 14): pues la carne desea contra el espíritu, y su sabiduría es enemiga de Dios. Esto se ha dicho de aquellos que aman los cuerpos, y montan en caballos negros. Pero nosotros preparemos nuestras almas como caballos y carros del Señor, que sube en Pablo, sube en Pedro, y cabalgando en tales carros recorrió todo el orbe. Tensando también su arco o sus flechas, los cetros, es decir, los reinos contra los cuales Jeremías fue enviado, arrancó, destruyó y perdió (Jer. XVIII): e hizo que no reinara el pecado en nuestro cuerpo mortal. Los cetros, es decir, los reinos del diablo, que mostró también al Señor, entiende los diversos pecados, avaricia, lujuria, ira, detracción, robos, perjurios, contra los cuales la palabra de Dios montando en sus caballos y en sus carros tensa las flechas de su resplandor, y por el momento no las dispara, para que quien se aterrorice ante el arco tensado, no sienta el disparo de las flechas. Y esto lo hace siempre, lo que Aquila interpretó, por diapsalma. Siempre se sienta en sus santos, siempre está armado. Y preparando flechas agudas en sus lenguas cabalga, y corre de aquí para allá para la salvación del orbe.

(Vers. 10.) Dividirás los ríos de la tierra. LXX: Por los ríos se dividirá la tierra. Porque el Señor despertó su arco, para devolver a las tribus los juramentos que habló, consecuentemente se dice, dividirás los ríos de la tierra, es decir, los reyes de la tierra que luchan contra tu pueblo, los dividirás y dispersarás. Según los Setenta, que dijeron: Por los ríos se dividirá la tierra, primero pongamos un ejemplo, para que como un paso lleguemos a lo más alto. Leemos en aquellos que han compuesto volúmenes de maravillas, y que llevaron las Olimpiadas de Grecia hasta nuestra memoria, exponiendo qué de nuevo sucedió en el mundo en cada año, que entre otras cosas por un terremoto surgieron ríos, que antes no existían, y nuevamente otros fueron absorbidos y desaparecieron: pues todas las venas de la tierra, como en el cuerpo humano la sangre, tienen en sí aguas ocultas, que por el movimiento de la tierra se rompen, y fluyen en ríos. Si entendemos esto, veamos que el alma humana tiene en sí naturalmente aguas y ríos, y por nuestra negligencia, están ocultos, y no fluyen. Pero cuando por la predicación de la palabra de Dios se conmueve, y se mueve de su estado anterior, entonces brota lo que estaba oculto, y fluye para la restauración de los sedientos. Esto mismo creo que significa aquello en Génesis que se cavan pozos por los siervos de Isaac, que los filisteos habían cubierto con tierra después de haber sido hechos por Abraham (Gén. XXVI). Mientras vive Abraham, sus pozos no se cierran: pero muerto él, y tapados los pozos, si los siervos cavan, los filisteos se oponen, y hay disputa. Pero si viene Isaac, y cava un pozo, y encuentra agua, los filisteos no pueden oponerse. Mira a Pedro y a Pablo, y no dudarás de los pozos y ríos de Cristo. Observa a todos los apóstoles, y ya no entenderás cuatro ríos, sino doce ríos que salen del paraíso de las Escrituras. Estos ríos antes de que la

tierra se moviera, estaban ocultos, y aunque estaban en las venas de la tierra, no ofrecían bebida a los sedientos. Pero después de que a la venida de Cristo el orbe y toda la tierra se conmovieron, de repente brotaron, y entonces se cumplió: Puso ríos en el desierto, y salidas de aguas en sed, tierra fructífera en salinidad, por la maldad de los que habitan en ella (Sal. XXXIII). Puso el desierto en estanques de aguas, y tierra sin agua en fuentes de aguas: y allí hizo habitar a los hambrientos, y establecieron una ciudad para habitar. Pues después de que el Señor vino al mundo, y se cumplió aquello que dijo en el Evangelio: Para juicio vine a este mundo, para que los que no veían, vean, y los que veían, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39): entonces la tierra de Israel de la cual antes manaban ríos, y regaban a todo el pueblo de Judea, se secó, y sus fuentes fueron tapadas. Pero todo el orbe que era desierto y estéril, y no tenía las aguas de la predicación del Señor, se convirtió en estanques de aguas: y cuantos doctores emitió, tantos tuvo también fuentes. Y no les basta a ellos, a las fuentes y ríos, regar a los pueblos del orbe; sino que en cada provincia, reuniendo a los que tenían hambre y sufrían hambre de la palabra de Dios, en un solo pueblo, construyeron la Iglesia, que se llama ciudad para habitar, y que el ímpetu del río alegra.

(Vers. 11 y siguientes.) Te vieron, y dolieron los montes: el torrente de aguas pasó: el abismo dio su voz: la altura levantó sus manos: el sol y la luna se detuvieron en su morada: en la luz de tus flechas irán, en el resplandor de tu fulgurante lanza. En el estruendo pisotearás la tierra: en el furor asombrarás a las naciones: saliste para la salvación de tu pueblo, para la salvación con tu Cristo: heriste la cabeza de la casa del impío, desnudaste el fundamento hasta el cuello. Siempre. Solo hemos puesto nuestra edición, para que según ella, es decir, según el hebreo, tejiendo la consecuencia del lugar, después discutamos los Setenta por capítulos. Te vieron, Dios, y dolieron los montes: es decir, los reinos elevados, y los poderes sublimes de este mundo, y los cuatro carros en Zacarías, que salen de los montes de bronce (Zac. VI): estos te vieron y temblaron. Y el torrente de aguas pasó: es decir, todo su ímpetu, y la persecución con la que afligían a tu pueblo, después de verte, pasó. Entonces el abismo, es decir, los infiernos te alabaron: entonces también los superiores, es decir, los ángeles aplaudieron con sus manos, para mostrar al vencedor con un gesto y danza de manos elevadas. Tu sol y luna, y todo el esplendor, con el que antes iluminabas a tu pueblo, y que después por el peso de los malos, todo había sido cubierto por el horror de las tinieblas, recuperaron su luz, y tuvieron su antiguo resplandor. Tus flechas y tu fulgurante lanza, es decir, tus plagas, y tu instrucción, dieron luz a tu pueblo. Finalmente, en la luz de tus flechas, y en el resplandor de tu lanza, que los corrigió para enmendarlos, caminó tu pueblo en tu estruendo. Cuando, pues, vengues la injuria de tu pueblo, pisotearás los reinos terrenales, y harás que todas las naciones se asombren, porque saliste para la salvación de tu pueblo, y viniste a ellos con tu Cristo: aunque en hebreo está escrito: Saliste para la salvación de tu pueblo con tu Jesús Cristo: o con tu Salvador Cristo: pues Jesús significa Salvador. Pero viniendo Jesús Cristo tu Hijo, heriste al Anticristo de la casa del impío, es decir, en este mundo, que está puesto en el maligno: o heriste al mismo diablo, que es la cabeza de la impiedad, y desnudaste su fundamento hasta el cuello, es decir, hiciste manifiestas sus cosas ocultas, no por un breve tiempo, sino para siempre: esto significa SELA, es decir, siempre.

LXX: Verán, y dolerán, o parirán los pueblos; ὀδυνήσουσι pues significa ambas cosas. Consecuentemente, rota la tierra, y manando los ríos, los pueblos que bebieron de los ríos de Dios, verán a Dios, y parirán. Pues de esto mismo que ven a Dios, inmediatamente conciben la palabra de Dios y dicen: Por tu temor, Señor, concebimos en el vientre, y parimos y dimos a luz: haremos el espíritu de tu salvación sobre la tierra (Isa. XXVI, 17, 18). Bienaventurados, dice, los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Estos pueblos lavados por los ríos, ya no vieron, sino que verán a Dios: y cuando lo vean, concebirán, para que puedan

dar frutos de doctrinas. Pero porque se dice pueblos, y no es de los pueblos ver la faz de Dios, aunque la oración se extienda al futuro, verán y parirán: sin embargo, según la tropología, es más de seguir el hebreo, donde se dice: Te vieron, y parieron los montes: pues es de los montes ver a Dios y parir hijos, que concibieron de la palabra de Dios.

LXX: Dispersa las aguas del camino. Hay aguas diversas: unas eternas, otras breves. De las aguas eternas, y que fluyen de las fuentes de Israel, se ha dicho: Por los ríos se dividirá la tierra. De las súbitas, y que corren por un tiempo: Todos los torrentes van al mar. Pues el fin de tales aguas es la perdición. Dios, pues, dispersará todas las aguas que han sido pisoteadas por doctrinas perversas, cuando disipe los consejos de los príncipes, y la sabiduría de este mundo. Si alguna vez ves que por un breve tiempo alguna herejía floreció, y después por la gracia de Dios fue disipada, di que se ha cumplido: dispersarás las aguas del camino. Pero esto que se dice, del camino, puede entenderse como diabólico, para que el sentido sea: Las aguas que el diablo pisoteó, y que ofrecieron camino a muchos, es decir, que se abrieron a muchos errores, el Señor las dividirá y dispersará. Por lo cual los demás intérpretes, queriendo describir el furor herético, tradujeron: Choque, o ímpetu de aguas pasará. Pues son llevados por el curso precipitado de la elocuencia, y precipitados, para que a quien encuentren ligero y desprevenido, lo arrastren consigo.

LXX: La profundidad dio su voz a la altura de la fantasía. La profundidad a menudo se toma en buen sentido: a menudo en mal sentido, a veces se toma indiferentemente. En buen sentido: Tus juicios son un gran abismo (Sal. XXXV, 7). Y: Un abismo llama a otro abismo (Sal. XLI, 8), y lo demás. En mal sentido: Te vieron las aguas, Dios (Sal. LXXVI, 17), y lo demás. Pero también los demonios suplican que no sean enviados a los abismos (Luc. VIII), y en Génesis: Un abismo sobre el cual había tinieblas (Gén. I, 2), no sé si puede tomarse en buen sentido. Sin embargo, se coloca indiferentemente allí: Se rompieron las fuentes del abismo, y se abrieron las cataratas del cielo (Ibid., VII, 11). Y aquello en el salmo ciento cuarenta y ocho: Dragones y todos los abismos: fuego y granizo y espíritu de tormentas, a menos que por el hecho de que se coloca entre dragones, fuego y granizo, deba tomarse en mal sentido. Lo cual no sé si puede decir quien la haya visto resonar con los demás en alabanza al Señor. Si, por lo tanto, tomamos el abismo en buen sentido, digamos, dispersas las aguas del camino malo, te vieron tus sabios, y la altura del conocimiento, que tenían prestado de tu vista (porque te vieron y los montes dieron a luz), todo lo que antes pensaron de ti, lo expresaron en las alabanzas de su voz. Y bellamente llama a la opinión fantasía, altura, según Jesús hijo de Sirac, quien dice: ¿Quién investigará el abismo y la sabiduría? (Eclo. I, 2). De donde también del monte pequeño (Sal. XLI), es decir, la ascensión del cuerpo humano, que Daniel llama piedra cortada del monte sin manos, es decir, sin obra nupcial (Dan. II), Cristo abismo invoca al Padre otro abismo, en la voz de sus cataratas (Sal. XLI), para que dé a los evangelizadores la palabra con gran poder. O ciertamente el abismo del Nuevo Testamento, en testimonio del monte pequeño, del cual fue herido el príncipe de Tiro, invoca el abismo del Antiguo Testamento, para que por las cataratas de Cristo, es decir, los apóstoles, se haga más firme la predicación. Pero si alguien quiere tomar esto que se dice: La profundidad dio su voz, la altura de su fantasía (Is. XIV), en mal sentido, usará el argumento de que después de dispersadas las aguas del camino, que ciertamente se tomaron en mal sentido, también esto se sienta correctamente en sentido contrario. Y observa que no dijo su altura; sino, la altura de su fantasía, es decir, de la sombra e imagen. Parecen tener altura y conocimiento de las Escrituras; pero toda su altura, comparada con la verdad, es fantasía, y en vano levanta su voz, porque las aguas del camino ya están dispersas. Busquemos en las Escrituras si en algún lugar podemos encontrar la fantasía en buen sentido, y como rara vez o

nunca se ha encontrado, interpretaremos más firmemente el abismo y su fantasía en mal sentido.

LXX: Se elevó el sol, y la luna se mantuvo en su orden. Si seguimos la interpretación simple, de las palabras presentes se demuestra el progreso del sol y de la luna: que, según Isaías, en el futuro siglo el sol brille siete veces, y la luna resplandezca con la claridad del sol (Is. XXX, 26). Porque la creación será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII), que ahora está sujeta a la vanidad, por aquel que la sujetó en esperanza de libertad, cuando en la consumación del mundo toda la creación haya sido liberada, también el sol y la luna serán liberados, y estarán en su orden. Pero si queremos tomar al sol de justicia como Cristo, en cuyas alas hay salud, y a la luna, que se ilumina con el resplandor de este sol, como la Iglesia: no es difícil decir que la luz verdadera, y la luz de los hombres y el esplendor de la gloria de Dios, y el esplendor de la luz eterna la ilumina: que ahora en este siglo crece y decrece según las prosperidades y presiones. Pero cuando el sol haya sido elevado, y según el Apóstol, Dios lo haya exaltado, y le haya dado un nombre sobre todo nombre (Filip. II): entonces también la Iglesia, que en el presente siglo no puede mantener su orden, volverá a su debido orden, y no será cambiada; sino que permanecerá con paso firme, y oírá con Moisés: Pero tú, quédate aquí conmigo (Éxodo XXXIV, 2).

LXX: En la luz tus dardos irán, en el resplandor del brillo de tus armas. Los dardos de Dios, es decir, las flechas que van y avanzan, no se envían para matar, sino para iluminar. Para distinguir estas flechas y dardos, Cristo es llamado dardo elegido por Isaías clamando: Me puso como dardo elegido, y en su aljaba me escondió, y me dijo: Es grande para ti esto, ser llamado mi siervo (Is. XLIX, 2, 3). Esta flecha tendrá muchas flechas, que enviará al universo. De donde también la esposa herida por el dardo elegido dice: Herida de amor estoy (Cant. IV, 9): según lo cual también nosotros podemos decir: herido de castidad estoy, herido de sabiduría estoy. Con el dardo de sabiduría herida, la Reina del Sur no estaba en sí, y asombrada encontró más en el verdadero Salomón de lo que la fama le había contado (III Reyes X). Estas flechas que se envían en la luz, también avanzan en el resplandor del brillo de sus armas, es decir, de Dios. Porque cualquiera que esté armado, para resistir las astucias del diablo, y ceñido con la armadura del Apóstol (Efes. VI), vendrán a él los dardos de luz, para que a él se le pueda decir: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V, 14). Pero si alguien es pecador, y se lamenta de habitar en las tiendas de Cedar, se le envían flechas agudas del poderoso con carbones desoladores (Sal. CXIX), para que primero sea compungido por las palabras de Dios, y diga: Me he vuelto en miseria, cuando se me clava la espina (Sal. XXXI). Y después de haber sido compungido, entonces se le envía un carbón desolador por el Serafin, es decir, la palabra ardiente de Dios, que no solo purifique los labios, que Isaías solo tenía inmundos (Is. VI), sino también todas las partes de sus miembros, y lo lleve a la soledad de los pecados.

LXX: En la amenaza disminuirás la tierra, y en el furor arrastrarás a las naciones. Esto puede tomarse en la consumación del mundo, cuando, con las frecuentes guerras y la multitud muerta, se encontrarán pocos hombres, y aquellos que no quisieron ser del pueblo de Dios, sino que permanecieron como naciones y gentiles, serán llevados al tártaro por el furor del Señor. Pero es mejor interpretar la tierra disminuida por la amenaza, como las obras terrenales, y aquellos que, establecidos en la Iglesia, no esperan a los pecadores para ser corregidos por el furor del Señor; sino que, al escuchar en las Escrituras qué castigos esperan a los pecadores, hacen penitencia, y poco a poco disminuyen su tierra, y avanzan hacia el cielo. Si alguno de nosotros teme la amenaza del Señor, a este se le disminuye la tierra: pero quien persevera en el número de las naciones, y no quiere ser de aquellos cuya tierra decrece,

ni del pueblo de Dios, del cual se dice: Te verán, y los pueblos darán a luz, este será arrastrado con las naciones al castigo.

LXX: Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos. Primero veamos cuántos son los tipos de ungidos, y luego trataremos cómo el Señor salió para la salvación de sus ungidos. En el Antiguo Testamento se llamaban ungidos también a los patriarcas, de quienes está escrito en los Salmos: Reprendió a los reyes por ellos: no toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas (Sal. CIV, 14, 15). Y en el primer libro de las Crónicas, todos los que salieron de Egipto son llamados ungidos. También se confecciona en Éxodo (Cap. XXX) el crisma sacerdotal, con el cual después se refiere que los sacerdotes fueron ungidos en Levítico (Cap. VIII). Hay también otro ungüento con el cual se ungen los reyes en el reino, que se divide en dos. Si es David y Salomón, es decir, fuerte de mano, y pacífico (I Reyes XVI), se unge con cuerno. Pero si son Jehú y Hazael, se ungen con lenteja (IV Reyes IX y XIX): el vaso de barro se llama así, es decir, φακός. Pero también Ciro, rey de los persas y medos, que liberó al pueblo de la cautividad (aunque muchos se equivocan y piensan que está escrito sobre el Señor Salvador), escucha por Isaías: Así dice el Señor a mi ungido Ciro, cuya mano derecha he sostenido, para que las naciones oigan ante él (Is. XLV, 1), etc. Y al final se dice: Pero tú no me conociste, lo cual es un error entenderlo del Salvador. Hay un ungüento profético, con el cual se ordena a Elías que unja a Eliseo como profeta (III Reyes XIX). Y sobre todos los tipos de ungüentos, hay un ungüento espiritual que se llama aceite de alegría, con el cual es ungido el Salvador, y se le dice: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con el aceite de alegría sobre tus compañeros (Sal. XLIV, 8). Creo que los compañeros son aquellos a quienes Juan también habla: Y vosotros tenéis unción del Santo (I Juan II, 20). Y poco después: Os he escrito esto sobre los que os engañan: y la unción que habéis recibido de él, permanece en vosotros: y no tenéis necesidad de que alguien os enseñe; sino que la misma unción os enseñará sobre todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, y como os enseñó, permaneced en ella (Ibid., 26, 27). Y para que no desesperen de la unción aquellos que han perdido el crisma del bautismo, está escrito en Levítico: Que el leproso expulsado del campamento, cuando venga al sacerdote, y su lepra haya sido limpiada, el sacerdote ponga aceite en su mano izquierda, y con el dedo mojado rocíe siete veces el aceite ante el Señor, y toque con el mismo aceite la oreja de aquel que había sido leproso, y la mano derecha, y el pie derecho, y lo que quede del ungüento lo ponga todo en su cabeza (Lev. XIV). Y cuando haya completado todo esto debidamente: entonces ofrezca el holocausto por él, y él mismo sea llamado ungido de Dios. Quiero decir algo; pero temo dar ocasión de ruina a los negligentes: que en las Escrituras sagradas se encuentra frecuentemente al mismo hombre ungido. De hecho, David fue ungido tres veces (II Reyes VI y XIX): lo que no entendemos sobre aquel que ha pecado; y se unge de nuevo (basta para el leproso que después de perder la primera unción, sea ungido una segunda vez), sino sobre aquel que progresa cada día, y siempre aumenta su unción, y pasa del aceite del leproso al aceite del pueblo y de los santos, y del aceite del pueblo llega al aceite de los sacerdotes, y de los sacerdotes trasciende al crisma del pontífice, del pontífice también al rey, del rey a los patriarcas, y de los patriarcas va a Cristo, y es ungido con el aceite de alegría (Sal. XLIV, 8), con el cual quien haya sido ungido, se convierte en un solo espíritu con Dios, y donde están el Padre y el Hijo, allí también estará él. Pero esto es raro, y son los deseos de los creyentes. Sin embargo, no sé si sigue el efecto. Porque se dice: Te ungió Dios, tu Dios, con el aceite de alegría, sobre tus compañeros, es decir, con ese aceite, que aquellos que son tus compañeros, rara vez o nunca podrán encontrar. Por lo tanto, Dios salió de su lugar para la salvación de estos ungidos, como también habla Miqueas: Y saldrá de su lugar para salvar (Miq. I, 3). Porque aquellos que necesitaban salvación no quisieron entrar a él, él mismo salió de su majestad y de su lugar, para llevar a aquellos que estaban fuera a la tierra de los mansos y a la región de los

vivientes, de la cual Adán había sido expulsado: de la cual salió Caín y habitó en la tierra de Nod (Gén. III y IV, según LXX). Debe saberse, como dijimos antes, que donde los LXX pusieron en plural, para salvar a tus ungidos, allí está en hebreo LAJESUA ETH MESSIACH (), que Aquila tradujo, en salvación con tu Cristo, no que Dios haya salido para salvar al pueblo, y salvar a su Cristo; sino que vino en salvación del pueblo con su Cristo, según aquello del Evangelio: El Padre en mí, y yo en el Padre; y el Padre en mí, él mismo hace sus obras (Juan XIV, 10). Pero también la quinta edición tradujo de manera similar: Saliste para la salvación de tu pueblo, en salvación con tu Cristo. Sin embargo, Teodocio, verdaderamente como pobre y ebionita, y también Símaco del mismo dogma, siguiendo un sentido pobre, tradujeron judaicamente: Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tu Cristo. Y: Saliste para salvar a tu pueblo, para salvar a tu Cristo. Voy a decir algo increíble, pero sin embargo verdadero. Estos semicristianos tradujeron judaicamente: y el judío Aquila interpretó como cristiano. La sexta edición revelando claramente el sacramento, así lo tradujo del hebreo: Saliste, para salvar a tu pueblo por Jesús tu Cristo, que en griego se dice ἐξῆλθες τοῦ σῶσαι τὸν λαόν σου διὰ Ἰησοῦν τὸν Χριστόν σου. A este sentido puede adaptarse aquello de que el Padre salió con el Hijo del templo y de las ceremonias de los judíos, diciendo: Vuestra casa os será dejada desierta (Luc. XIII, 35); y vino para la salvación de las naciones, para salvar a los creyentes por Jesús Cristo su Hijo.

LXX: Enviaste la muerte sobre la cabeza de los impíos. No pensemos que se dice de esta muerte común con la que todos morimos, y murió Abraham, y fue reunido con sus padres (Gén. XXV); y los profetas, y el mismo Cristo murió (Juan XIX), sino que la muerte fue enviada sobre los inicuos (I Reyes II, 6); para que quienes antes vivían en iniquidad, muertos al pecado, vivieran para la justicia (I Ped. II). Lo cual también Ana en su oración significa: El Señor mata y da vida. Porque mata a los pecadores, enviando la muerte sobre las cabezas de los impíos, para que vivifique a la justicia. Diré algo más audaz: Cristo vino al mundo para enviar la muerte sobre las cabezas de los inicuos. Y así como él mismo murió al pecado una vez (I Ped. III): así también ellos murieran a la iniquidad; y quienes se hicieron partícipes de esta muerte, también se hicieran partícipes de la vida. Según el hebreo, donde está escrito: Heriste la cabeza de la casa del impío, tomemos la cabeza, como dije, como el príncipe de este mundo: y su casa, el mundo, y toda alma pecadora, en la cual el diablo tenía hospedaje. Por eso se hiere la cabeza en la casa del impío, para que, herido y expulsado, se convierta en casa de Dios, y habite allí la justicia, y camine en ella. Y esto es digno de pensar sobre Dios, que salió para la salvación de su pueblo con su Cristo, para que, herida tal cabeza, él sea en nosotros cabeza, quien es cabeza de todo hombre y de su Iglesia. Si alguno, por tanto, se siente aún casa del impío, suplique la venida del Hijo de Dios, para que sea quebrantada en él la cabeza del impío.

LXX: Despertaste las ataduras hasta el cuello al final. El Señor despertó las ataduras de la caridad, para que, dejando la carga anterior, y desechado el yugo pesadísimo que nos oprimía, tomáramos el yugo ligero de Cristo; y puestos en su carro, lleváramos al mejor auriga. Lo cual también Teodocio tomando en buen sentido dice: Adornaste el fundamento hasta el cuello. La quinta edición: Desnudaste, o, vaciaste el fundamento hasta el cuello, sela, es decir, siempre. Porque el fundamento de Cristo, que estaba en el alma de cada uno, los filisteos lo habían cubierto de tierra, se quita la tierra acumulada, y se desnuda el mejor fundamento, y se adorna, para que lo que estaba oculto, aparezca y recupere su claridad, y esto se hace para siempre, lo que en hebreo se dice SELA. Y observa que los mismos LXX, obligados por la necesidad de las cosas, que siempre interpretaban sela como diapsalma, ahora lo tradujeron como al final.

(Vers. 14 seqq.) Maldeciste a sus cetros, a la cabeza de sus guerreros, que venían como un torbellino para dispersarme. Su júbilo era como el de quien devora al pobre en secreto. Hiciste un camino en el mar para tus caballos, en el lodo de muchas aguas. Oí, y se perturbó mi vientre: a la voz temblaron mis labios. Que la podredumbre entre en mis huesos, y debajo de mí brote: para que descansa en el día de mi tribulación, para que ascienda al pueblo ceñido nuestro. Y ahora solo discutimos el hebreo, para que discutamos por separado sobre la edición de los Setenta, pues difiere mucho de todas las traducciones: Maldeciste, dice, a los cetros, es decir, a sus reinos: sin duda alguna a los impíos, de los que antes había dicho: Golpeaste la cabeza de la casa del impío: desnudaste el fundamento hasta el cuello. Entendemos al impío como Nabucodonosor o cualquier adversario del pueblo de Dios. Y no solo a sus cetros, sino también a la cabeza de los guerreros que golpeaste, que vinieron como un torbellino para dispersarme, es decir, para destruir a Israel y llevarlo cautivo en diversas direcciones. Así se regocijaban devorando al pobre, y al Israel sometido a ellos, como si lo hicieran en secreto, y nos devoraran sin que tú lo supieras. Viniste entonces a la batalla por tu pueblo, y enviando tus carros en las aguas, es decir, en muchas naciones, les hiciste un camino en el lodo de muchas aguas, es decir, para que los pisotearas, y como lodo de tus caballos y carros los trituraras con casco y rueda. Lo que sigue: Oí, y se perturbó mi vientre: a la voz (que se entienda, tuya) temblaron mis labios, que la podredumbre entre en mis huesos, y debajo de mí brote: para que descansa en el día de la tribulación, para que ascienda al pueblo ceñido nuestro, este es el sentido: Ahora sufrimos gustosamente todas las angustias, y ante tu amenaza temblamos con todas nuestras entrañas. Ahora tiemblan mis labios, y el temor de una mente temblorosa se marca en mi boca, y no solo eso, sino que también deseo y anhelo otra cosa: que la podredumbre entre en mis huesos, y debajo de mí brote; es decir, sufro gustosamente lo que sufrió Job, no solo deseo que mis carnes, sino también las médulas de mis huesos se consuman, y que mi lecho esté lleno de la podredumbre del cuerpo y de innumerables gusanos, para que después de haber soportado aquí estas cosas por mis pecados, descansa en el día amargo, en el día de la tribulación, en el día de la necesidad y la angustia. Y ascienda al pueblo ceñido nuestro, fuerte, guerrero y combativo. Y bellamente, ascienda: al pueblo ceñido siempre se asciende. Y elegantemente nuestro: porque quien ha sido atribulado, y ha soportado gustosamente las presiones, y ha compensado los males presentes con las recompensas futuras, habla audazmente de nuestro, para que junto a Abraham, Isaac y Jacob, también él duerma en buena vejez lleno de días, y sea añadido a sus padres. Pero si alguien dijera: He aquí que en la exposición de la historia, sin saberlo, has sido atrapado en las redes de la alegoría, y has mezclado la tropología con la historia. Que escuche que no siempre la metáfora de la historia, la alegoría concuerda: porque frecuentemente la misma historia se teje metafóricamente, y bajo la imagen de una mujer, o de un solo hombre, se predica de todo el pueblo. Y ahora, por tanto, podemos decir en persona del pueblo: Gustosamente soporto la cautividad, con ánimo ecuánime soporto las angustias, y soy oprimido por el gravísimo yugo de los babilonios, y cualquier cosa de última y dura necesidad, la sufro con alegría: solo para que en ese tiempo descansa cuando maldigas los cetros del impío, y tus caballos pisen el lodo de muchas aguas, para que después con tus santos Zorobabel y Jesús hijo de Josadac, y el sacerdote Esdras, y Nehemías regrese a la tierra de la promesa. Hasta aquí, para que no parezca que omitimos completamente la historia, de alguna manera hemos forzado el entendimiento, y hemos llevado las sentencias a la cautividad no siguiendo: ahora volvamos a los traductores de los Setenta, y a la exposición tropológica.

LXX: Dividiste en estupor las cabezas de los poderosos. Así como la cabeza de la Iglesia y de todo hombre es Cristo, así la cabeza de todos los demonios que se desbocan en este siglo es Beelzebub, príncipe de los demonios, y cada una de sus huestes tiene sus cabezas y príncipes.

Por ejemplo, los espíritus de fornicación tienen su prepuesto, los espíritus de avaricia tienen su ἄρχοντα, los espíritus de vana gloria, los espíritus de mentira, los espíritus de infidelidad tienen presidentes de su malicia. Así pues, el Dios clementísimo que envió la muerte a las cabezas de los inicuos, que levantó las cadenas hasta el cuello, finalmente divide también las cabezas de los poderosos en estupor, para que primero separe a los príncipes de los súbditos, y como si decapitara el cuerpo de la cabeza, y donde había una cabeza pésima, allí se reponga una cabeza óptima. Pongamos un ejemplo, para que lo que decimos se haga más manifiesto: si cuando un tirano es decapitado, también se deponen sus imágenes y estatuas; y solo con cambiar el rostro, y quitada la cabeza, se superpone el rostro del que ha vencido, para que permaneciendo el cuerpo, y cortadas las cabezas, se cambie por otra cabeza. Esto me gusta entender de los conciliábulos de los herejes, que con las cabezas de las herejías separadas de los demás pueblos, en su lugar comience a ser cabeza Cristo. Y considera al mismo tiempo la significación de la Escritura santa, que no dijo, cortaste, o cortaste las cabezas de los poderosos, sino dividiste: porque lo que se divide, no tanto se amputa y se pierde, como se separa en partes. Así como en la construcción de la torre, la lengua que estaba mal unida fue separada, y el pésimo pacto fue desgarrado con una útil división: así también estas cabezas que con sus cuerpos (o bien) parecían tener consenso entre sí (pues son muchas las cabezas de los herejes, que aunque tengan ojos diversos, sin embargo en una, por así decirlo, lengua de blasfemia ladran contra la Iglesia), se dividieron en partes, y separadas de los cuerpos engañados, hicieron lugar a una buena cabeza. Podemos usar este versículo, si alguna vez vemos a los reyes y sus líderes derramar sangre cristiana, y después seguir la venganza del Señor. Lo que hace tiempo vimos en Juliano, y antes de él en Maximiano, y más arriba en Valeriano, Decio, Domiciano, Nerón; y decir al Señor con júbilo y oración en el Cántico: Dividiste en estupor las cabezas de los poderosos, es decir, en estupor de los creyentes, o en estupor de todas las naciones, que no pensaban que pudieran caer tan pronto. Cuando aún era niño, y me ejercitaba en la escuela de gramática, y todas las ciudades se contaminaban con la sangre de las víctimas, y de repente en el mismo ardor de la persecución se anunció la muerte de Juliano, elegantemente uno de los paganos dijo: «¿Cómo, dice, los cristianos dicen que su Dios es paciente y ἀνεξίκακον? nada más iracundo, nada más presente que esta furia: ni siquiera pudo diferir su indignación por un breve espacio.» Esto lo dijo él en broma. Sin embargo, la Iglesia de Cristo cantó con júbilo: Dividiste en estupor las cabezas de los poderosos. Y yo también diré algo similar: Divide, Señor, en estupor de todos, a Acab y Jezabel. No soy Elías; pero sin embargo, esos Acab y Jezabel mataron a Nabot, y tomaron su viña, y la hicieron jardín de su lujuria. Que se encuentre algún siervo tuyo Abdías, que alimente a tu pobre y mendigo, que la sangre de la prostituta sea dada a los perros; que Acab impío y avaro sea asesinado por la lanza del Señor.

LXX: Se conmoverán en ella, abrirán sus frenos como quien come al pobre en secreto. Las cabezas cuando hayan sido divididas de sus cuerpos, y divididas no de otra manera que en estupor, lo que en griego se dice ἐν ἐκστάσει: de donde según ella se declina y se dice, ἐν αὐτῇ, es decir, en ella, también abrirán sus frenos, o de ellos (ambos pueden entenderse) para que aquel imperio con el que antes dominaban en los cuerpos sujetos a ellos, relajándose, den lugar a un mejor jinete, y a un mejor auriga. Y que lo hagan como quienes comen pobres en secreto, no teniendo libertad, ni alguna abundancia de alimentos, sino escasas viandas, con las que comiendo en secreto no quisieran que nadie viera lo que hacen. También puede interpretarse de otra manera: Las cabezas cuando hayan sido divididas en estupor, como decapitadas del resto del cuerpo, abrirán su boca, que como un freno de condenación había sido refrenada, y en similitud de quienes comen, con los dientes golpeándose entre sí, crujirán, queriendo volver a comer, pero sin tener la fuerza de devorar. Entiende cómo después de la venida de Cristo, las cabezas de los demonios separadas de las naciones que

antes les estaban sujetas, quieren volver a ejercer su antigua potencia. Pero como han sido amputadas de los cuerpos, no tienen plena libertad para comer: comen como pobres, y no solo son pobres, sino pobres en secreto. Son pobres, porque han perdido sus antiguas riquezas: comen en secreto, porque siempre están al acecho, para matar en oculto al inocente. Estas cabezas tienen los mismos dientes que flechas. Y aunque antes dijera, Sobre las estrellas del cielo ascenderé, pondré mi nido en lo alto, y todo el orbe como huevos lo tendré en mi mano, sin embargo serán derribados de las alturas, y perdiendo su antigua riqueza, y toda la sustancia de su casa, apenas como pobres intentarán comer y morder en secreto. Sé que el hebreo difiere mucho de lo que se ha dicho; pero ¿qué puedo hacer, si me he propuesto interpretar tanto el hebreo como las escrituras vulgares en todo el orbe?

LXX: Y sobrepusiste en el mar tus caballos perturbando muchas aguas. Después de que Dios envió la muerte a las cabezas de los inicuos, y cortó las cabezas de los poderosos en estupor, y las rompió en el mar (pues está escrito en los Salmos: Tú rompiste las cabezas del dragón), con los príncipes muertos, o rotos, y vencido el fuerte, se llega a su casa, y todos sus bienes son saqueados. Los bienes y la casa del fuerte y la riqueza del príncipe, ¿qué otra cosa podemos interpretar, sino el mar de este siglo, en el que habita el dragón? Así pues, Dios, el excelente jinete y auriga principal, sobrepone sus caballos, es decir, los ángeles y sublimes virtudes sobre el mar de este siglo, para que perturben muchas aguas, los demonios y poderes contrarios. Que si quisiéramos interpretar sobre la venida de Cristo, según lo que se escribe en el Apocalipsis, que la palabra de Dios se sienta en un caballo blanco y todo el ejército en caballos blancos lo sigue, veremos cómo Cristo ascendió en sus apóstoles, diciéndoles: He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo; y: Id, pues, id, bautizad a todas las naciones, y lo demás. Y después ascendió en un caballo blanco, que no creo que sea otro, sino el apóstol Pablo, sobre quien cabalgando, recorrió todo el orbe. Ascendió, pues, la palabra de Dios en sus caballos, para que se turbaran muchas aguas, es decir, o bien muchos pueblos, que antes estaban en el mar, y estaban sujetos al dragón (pues ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte, y se turbaran, primero abandonando su antiguo error: luego, perturbados, recibieran al jinete que venía). O ciertamente de las huestes de demonios que mencionamos antes, no dominaran tanto en el mar; sino que perturbadas cedieran, y temieran las heridas del jinete que combate. Y ojalá que también en mí ascienda la palabra de Dios, y por la lanza de mi boca mate al que reina en muchas aguas, para que a la muerte del rey, las aguas que le estaban sujetas, perturbadas, ofrezcan su cuello a mi jinete, y reducidos a un solo carro, seamos hechos Querubines del Señor, que se interpreta como multitud de ciencia. Nunca un auriga está tan compuesto, y tan adornado, como en aquellos que por la multitud de ciencia y las riendas de la sabiduría están unidos entre sí.

LXX: Guardé, y temió mi vientre a la voz de la oración de mis labios: y entró el temblor en mis huesos, y debajo de mí se perturbó mi fortaleza. O como encontramos escrito en otro lugar ἡ ἔξις μου, que podemos decir, mi hábito: pues se encuentran diversos ejemplares. Pero estas cosas también pueden decirse desde la persona del profeta, coherentes con las anteriores: Porque enviaste, oh Señor, la muerte a las cabezas de los inicuos, y levantaste las cadenas hasta el cuello, y dividiste en estupor las cabezas de los poderosos, y enviaste en el mar tus caballos perturbando muchas aguas: por eso yo con toda custodia guardé mi corazón, y temblaron mis entrañas, y toda mi fortaleza, o hábito, se perturbó, para no sufrir cosas semejantes. También puede tener su propio principio, narrando el profeta su temor, y cómo temió no pecar en algo, y a la voz de la oración de sus labios advertido, tanto temió a Dios, que entró el temblor en sus huesos: y bajo la excelsa mano del Señor puesto, toda la fortaleza de su alma, o hábito, se perturbó. Lo que dice: Entró el temblor en mis huesos, debe tomarse de manera enfática, para que veamos la magnitud del temor de Dios penetrando toda la

universalidad del alma, y moviendo a todo el hombre, para que no hiciera nada que desagradara a Dios. Y porque alegóricamente según los miembros del cuerpo, la Escritura también menciona los miembros del alma, tomemos el vientre temeroso, como aquella virtud del alma que recibe los alimentos espirituales, y los labios, con los que la mente habla consigo misma, y los huesos, sólidos y robustos dogmas, con los que toda la estructura del alma se solidifica. Estas cosas las he dicho brevemente. Si alguien encuentra cosas más sagaces y verdaderas, presten más bien su consentimiento a su explicación.

LXX: Descansaré en el día de mi tribulación: para que ascienda al pueblo de mi peregrinación. Porque con toda custodia guardé mi corazón, y temió mi vientre a la voz de la oración de mis labios, y entró el temblor en mis huesos, y debajo de mí se perturbó mi fortaleza o hábito, y por tanta custodia me he hecho ajeno a los pecados: por eso ahora digo con fiadamente: Descansaré en el día de la tribulación, para que ascienda al pueblo de mi peregrinación, es decir, que al igual que yo peregriné en este mundo. Ascenderé, pues, estando abajo, y como desde el valle hacia lo más alto, me esforzaré con toda avidez, para que en el tiempo en que los demás están en tribulación y angustia, yo me preocupe por el ascenso, para que con el pueblo de mi peregrinación descanse en lugares más altos. Creo que el día de la tribulación es la consumación del mundo, de la que también Isaías dice: Día del Señor incurable, de furor e ira, para poner todo el orbe de la tierra en desierto, y perder a los pecadores.

(Vers. 17.) Porque la higuera no florecerá, y no habrá fruto en las viñas: mentirá la obra del olivo, y los campos no darán alimento: se cortará el ganado del redil, y no habrá ganado en los establos. LXX: Porque la higuera no dará fruto, y no habrá brotes en las viñas: mentirá la obra del olivo, y los campos no producirán comida: han fallado, porque las ovejas han comido, y no hay bueyes en los establos. Según el hebreo que mencionamos antes: Que la podredumbre entre en mis huesos y brote debajo de mí, para que descanse en el día de la tribulación: para que suba al pueblo ceñido nuestro: así lo que precede se unirá a lo que sigue: Por eso quise soportar la tribulación presente, y después subir al pueblo fuerte, porque vendrá el día de la tribulación y la necesidad, y mientras los demás estén en angustia, yo me alegraré en tu majestad: Porque la higuera no florecerá, y no habrá fruto en las viñas: mentirá la obra del olivo, y los campos no darán alimento, y lo demás. Como no difieren mucho de la LXX, discutamos junto con su interpretación. Cuando venga el día de la tribulación, y yo suba al pueblo que alguna vez peregriné conmigo: o ciertamente cuando venga el día de la destrucción judía, y del pueblo anterior, y la hija de Sion sea dejada, como una cabaña en una viña, y como una choza en un campo de pepinos, y como una ciudad sitiada, yo, que fui elegido del pueblo que perece (del cual se dijo (Isaías I, 9): Si el Señor no nos hubiera dejado un remanente, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra), me uniré a los discípulos de Cristo: a quienes enseña en el monte, dejando abajo a las multitudes y a los débiles, yo subiré a las alturas. Porque la higuera no dio fruto, a la cual vino el Señor hambriento en el Evangelio, y no encontró en ella frutos, y la maldijo, diciendo: No darás fruto para siempre (Mat. XXI, 19). Y considera cuidadosamente lo que dijo: No darás fruto para siempre, no dijo, para los siglos de los siglos: sino que cuando este siglo haya pasado, y haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces también esta higuera dará sus frutos, y todo Israel será salvo. Esta es la higuera a la que el padre de familia vino por tercera vez, y como no daba frutos, quiso destruirla: por la cual el agricultor, a quien se le había confiado, suplica, para que le dé tiempo, y dice: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella, y ponga estiércol, y si da fruto: si no, entonces la cortarás (Luc. XIII). Este agricultor es Gabriel o Miguel, a quien se le confió el pueblo de los judíos, quien suplica al Señor en la pasión, y dice: Señor, dale tiempo de arrepentimiento, y no los destruyas, y si dan fruto: si no, entonces

los destruirás. Si dan fruto, dice, no dijo qué soportarán; ni dijo, si dan fruto, permanecerán como estaban; sino que si dan fruto, la sentencia está suspendida, para que se entienda, los trasladarás a la Iglesia de los gentiles, y los trasplantarás a otra viña. El Señor vino por tercera vez, y no encontró en ellos fruto. Primero dio la Ley por Moisés: segundo habló por los profetas: tercero él mismo descendió. Y después de la pasión, habiendo dado cuarenta y cuatro años para el arrepentimiento, porque no dieron fruto, en el cuarto fueron destruidos. Lo cual, sin embargo, se deja a nuestra inteligencia. En la parábola no se escribe qué hizo después el padre de familia; sino solo lo que el agricultor suplicó. De lo cual advertimos, que aquellos que de esta higuera dieron fruto, fueron trasladados al pueblo de los gentiles, al cual también sube el profeta, diciendo: Descansaré en el día de la tribulación, para que suba al pueblo de mi peregrinación. Pero aquellos que no dieron fruto, y permanecieron en su dureza, fueron destruidos. Esto mismo significa la voz de Juan en el Evangelio: He aquí, el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mat. III, 10; Luc. III, 9). Hablamos de la higuera, mostrando que es el pueblo de los judíos: digamos también de la viña, lo cual entenderá fácilmente quien haya leído a Isaías: Se hizo una viña al amado en un cuerno, en un lugar fértil (Isaías V, 1). Y después: Y esperé que diera fruto: pero dio espinas, y no juicio, sino clamor. Y en Jeremías: Pero yo te planté como una viña fértil, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura de una vid extraña? (Jer. II, 21). Y más claramente en los Salmos: Trasplantaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones, y la plantaste (Sal. LXXIX, 9). Esta es la viña a la que el padre de familia envió a menudo siervos (Mat. XXI), para recibir de ella vino, que alegra el corazón del hombre, porque se convirtió en amargura, y finalmente incluso se atrevió a matar al hijo del padre de familia, no produciendo uvas, sino espinas, y no juicio, sino clamor: ¡Crucificalo, crucificalo! Y: No tenemos rey, sino a César (Juan XIX, 6, 15). Por eso la destruyó el jabalí del bosque, y la bestia solitaria la devoró (Sal. LXXIX, 14). También el olivo, el pueblo de la sinagoga, lo comprobará claramente quien haya leído en el Apóstol los ramos rotos del olivo (Rom. XI), y nosotros injertados del acebuche, para que entendamos en los ramos, que la multitud judía fue cortada, en las raíces se conservó la elección de los apóstoles, en los cuales permaneceremos injertados, si damos fruto, y se dirá de nosotros: Tus hijos como brotes de olivo alrededor de tu mesa (Sal. CXXVII, 4). Muchos piensan que la higuera, la viña y el olivo se toman en el misterio de la Trinidad, que la higuera por la dulzura de sus frutos se entiende como el Espíritu Santo. La viña es nuestro Señor Jesucristo, quien dice en el Evangelio: Yo soy la vid (Juan XV, 1). El olivo, sin embargo, es Dios Padre omnipotente, de quien todo se ilumina, y de quien sale la luz, y a quien podemos decir: Oh olivo, en tu luz veremos la luz (Sal. XXXV, 10), es decir, en el Hijo veremos al Espíritu Santo. A estos árboles fructíferos, y a la viña muy fértil, vienen los árboles infructuosos en el libro de los Jueces (Cap. IX), y ruegan que reinen sobre ellos. Pero nunca sobre los árboles del bosque, que están destinados al fuego, reina el olivo, la higuera y la viña: sino que más bien les manda el espino lleno de espinas, y similar al erizo, que habita en Babilonia, y siempre se mueve en fosas. Este arbusto no solo tiene espinas, sino también fuego, hiriendo y quemando todo lo que toca. Finalmente, salió fuego y consumió los árboles del bosque. Pero para que sepas según la inteligencia superior, en la cual tomamos lo dicho de la sinagoga: La higuera no dará fruto, y no habrá brotes en las viñas, no se dice de los frutos, sino de las buenas obras. En el olivo el enigma se manifiesta claramente, y se dice: Mentirá la obra del olivo. Los frutos que debían dar, se demuestran en las obras: pero mentirá la obra del olivo, prometiendo una cosa y haciendo otra, diciendo a Moisés: Todo lo que el Señor diga, lo haremos (Éxodo XXIV, 7); y no queriendo creer en aquel que fue predicado por Moisés. También los campos no darán fruto. Considera que Jerusalén, que una vez estuvo situada en los montes, y los montes alrededor de ella (Sal. CXXIV, 2), y sus fundamentos en los montes santos (Sal. LXXXVI, 1), ahora se llama humilde y llana, que no solo no alimenta a los hombres, es decir, a los animales racionales;

sino que ni siquiera a las ovejas y bueyes, de los cuales también Salomón habla en los Proverbios: Cuida de las regiones que están en el campo, y corta la hierba, y recoge el heno para que tengas ovejas para comer. Tampoco habrá bueyes en los establos: porque donde los establos están llenos, se manifiesta la fortaleza del buey (Prov. XIV, 4). El buey es un trabajador: el buey del Señor que sostiene el yugo: el buey en cuya huella quien siembre, será bendecido. Todo esto será quitado del pueblo, porque actuó injustamente contra Dios su Creador. Pero si quieres (o no quieres) tomar el día de la tribulación como el día de la consumación, referirás todo a aquellos que dicen ser de la Iglesia, y no tienen obras de justicia. Y la higuera, la viña y el olivo, es decir, el misterio de la Trinidad, no darán en ellos su fruto, y no solo los granos y alimentos de los racionales; sino que ni siquiera tendrán comida en sus campos para las ovejas y los animales, y sus establos estarán vacíos, y en lugar de altos montes se moverán en llanuras humildes.

(Vers. 18, 19.) Pero yo me alegraré en el Señor, y me regocijaré en Dios mi Jesús. Dios el Señor es mi fortaleza, y pondrá mis pies como los de los ciervos. Y sobre mis alturas me guiará victorioso cantando en los Salmos. LXX: Pero yo me regocijaré en el Señor: me alegraré sobre Dios mi Salvador, el Señor Dios es mi fortaleza, y pondrá mis pies en la consumación: sobre las alturas me pondrá, para que venza en su Cántico. La higuera, la viña y el olivo, según lo que expuse, no dando su fruto, y los campos de los judíos no dando alimentos, cortadas también las ovejas del redil, y el ganado de los establos, después de haber oído del Señor: Vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII, 38), entregado también el pueblo a la cautividad, y disperso por todo el mundo, el profeta del pueblo de los judíos, que se interpreta como abrazo (porque amó al Señor, y se adhirió a él, y se unió a él) habla en nombre de los apóstoles y del pueblo creyente en Cristo: Pero yo me alegraré en el Señor, y me regocijaré en Dios mi Jesús. Por lo cual los LXX tradujeron τῷ Σωτηρὶ μου, es decir, mi Salvador. Lo mismo interpretando Gabriel: Y será llamado Jesús, porque él salvará a su pueblo (Mat. II, 21). Dios el Señor es mi fortaleza: porque no tendré otra, sino en Cristo tendré virtud y consideraré todas las justicias de la ley como basura. Y pondrá mis pies como los de los ciervos, para que pise sobre el áspid y el basilisco, y como un niño pequeño meta la mano en el agujero, y saque la serpiente, y juegue (o Judá) con el colubro: Porque mi amado es semejante a una gacela, o a un cervatillo de ciervos (Cant. II, 9). Y porque él es el ciervo, también me ha dado, para que yo sea ciervo, alto de cuernos, con pezuñas hendidas, rumiando alimentos, y al olor mío ahuyentando serpientes: de quien se dice en el Salmo diecisiete: Quien perfeccionó mis pies como los de los ciervos, y sobre las alturas me pondrá. Y en el veintiocho: La voz del Señor que perfecciona a los ciervos. Pondrá, pues, mis pies entre sus otros ciervos, y me llevará a las cosas celestiales, para que entre los ángeles cante la gloria del Señor, y sobre la tierra anuncie la paz a los hombres de buena voluntad. Cantaré, pues, su victoria y triunfo y el trofeo de la cruz. Esto según el hebreo y la quinta edición, refiramos todo al tiempo de la destrucción judía, y a la venida del Señor. Si, sin embargo, queremos tomarlo de la consumación del mundo, así debe exponerse: como en Éxodo (Cap. IX) cuando Egipto fue golpeado, y Dios golpeó sus viñas, y sus higueras, y mató a los primogénitos de hombres y animales en el granizo, y las cosechas egipcias, el saltamontes y la langosta las consumieron: la higuera en Egipto no dio fruto, ni había brotes en sus viñas, mentía (si es que podía encontrarse en Egipto) la obra del olivo, y sus campos no daban alimentos [o fruto]: y fallaban, porque no tenían alimentos sus animales, y no había bueyes en los establos. Pero el pueblo de Israel se regocijaba en el Señor, y se alegraba en Dios su Salvador: así en la consumación del mundo, cuando, multiplicada la iniquidad, se enfría la caridad (Mat. XXIV), y la higuera no dé fruto, y las viñas no tengan uvas, y mienta la obra del olivo, y los campos no produzcan alimentos, y lo demás que sigue: entonces cualquiera que sea justo y digno de la elección de Dios, hablará regocijándose. Pero yo me regocijaré en

el Señor, me alegraré en Dios mi Salvador, el Señor es mi fortaleza. Y como puesto por Dios sobre la consumación del siglo, para que después suba a lo alto, y sea llevado por Dios a la cima, dirá: Y pondrá mis pies en la consumación, sobre las alturas me pondrá: para que cuando el premio haya sido puesto por el ἀγωνοθέτη Jesús, quien primero venció en la lucha, yo venza en su cántico, y mis manos compongan la cítara, y el salterio, y todo tipo de instrumentos, y escriba un panegírico al triunfante. Y quien al principio dije: ¿Hasta cuándo clamaré, y no escucharás? clamaré a ti sufriendo violencia, y no salvarás? y me quejé de su justicia y juicio: después alabaré su equidad, y superaré a los demás cantores con mi cántico.